

12268

Mayo 31/170

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL AMOR Y EL INTERÉS,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

TERCERA EDICION.

330

MADRID:

OFICINAS: PEZ, 40, 2.º

1870.

L47 - 5877

CATALOGO

D LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
 Amor de antaño.
 A belardo y Eloisa.
 Abnegacion y nobleza.
 Angélica.
 Afectos de odio y amor.
 Arcanos del alma.
 Amar despues de la muerte.
 Al mejor cazador...
 Achaque quieren las cosas.
 Amor es sueño.
 A caza de cuervos.
 A caza de herencias.
 Amor, poder y pelucas.
 Amar por señas.
 A falta de pan...
 Articulo por articulo.
 Aventuras imperiales.
 Achaques matrimoniales.
 Andarse por las ramas.
 A pan y agua.
 Al Africa.
 Bonito viaje.
 Boadicea, *drama heróico*.
 Batalla de reinas.
 Berta la flamenca.
 Barómetro conyugal.
 Bienes mal adquiridos.
 Bien vengas mal si vienes solo.
 Bondades y desventajas.
 Corregir al que yerra.
 Gaiñares y Guevara.
 Cosas suyas.
 Calamidades.
 Como dos gotas de agua.
 Cuatro agravios y ninguno.
 Como se empeñe un marido!
 Con razon y sin razon.
 Cómo se rompen palabras.
 Conspirar con buena suerte.
 Chismes, parientes y amigos.
 Con el diablo á cuchilladas.
 Costumbres políticas.
 Contrastes.
 Gaílina.
 Carlos IX y los Hugonotes.
 Carníoli.
 Camidito.
 Caprichos del corazon.
 Con canas y polleando.
 Culpa y castigo.
 Crisis matrimonial.
 Cristóbal Colon.
 Corregir al que yerra.
 Clementina.
 Con la música á otra parte.
 Oara y cruz.
 Dos sobrinos centra un tio.
 D. Primo Segundo y Quinto.
 Deudas de la conciencia.
 Don Sancho el Bravo.
 Don Bernardo de Cabrera.
 Dos artistas.
 Biانا de San Roman.
 D. Tomás.
 De audaces es la fortuna.
 Dos hijos sin padre.
 De donde menos se piensa...
 D. José, Pepe y Pepito.
 Dos mirlos blancos.
 Deudas de la honr.
 De la mano á la boca.
 Doble emboscada.
 El amor y la moda.
 Está local

En mangas de camisa.
 El que no cae... resbala.
 El niño perdido.
 El querer y el rascar...
 El hombre negro.
 El fin de la novela.
 El flántropo.
 El hijo de tres padres.
 El último vals de Weber.
 El hongo y el mirinaque.
 ¡Es una maíva!
 Echar por el atajo.
 El clavo de los maridos.
 El oncenno no estorbar.
 El anillo del Rey.
 El caballero feudal.
 ¡Es un ángel!
 El 5 de agosto.
 El escondido y la tapada.
 El licenciado Vidriera.
 ¡En crisis!
 El Justicia de Aragon.
 El Monarca y el Judío.
 El rico y el pobre.
 El beso de Judas.
 El ama del Rey Garcia.
 El afán de tener novio.
 El juicio público.
 El sitio de Sebastopol.
 El todo por el todo.
 El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
 El que las da las toma.
 El camino de presidio.
 El honor y el dinero.
 El payaso.
 Este cuarto se alquila.
 Esposa y Mártir.
 El pan de cada dia.
 El mestizo.
 El diablo en Amberes.
 El ciego.
 El protegido de las nubes.
 El marqués y el marquésito.
 El reloj de San Plácido.
 El bello ideal.
 El castigo de una falta.
 El estandarte español en las costas africanas.
 El conde de Montecristo.
 Elena, ó hermana y rival.
 Esperanza.
 El grito de la conciencia.
 ¡El autor! ¡El autor!
 El enemigo en casa.
 El último pichón.
 El literato por fuerza.
 El alma en un hilo.
 El alcalde de Pedroñeras.
 Egoismo y honradez.
 El honor de la familia.
 El hijo del ahorcado.
 El dinero.
 El torobado.
 El Diabolo.
 El Arte de ser feliz.
 El que no la corre antes...
 El loco por fuerza.
 El soplo del diablo.
 El pastelero de Paris.
 Furor parlamentario.
 Faltas inventadas.
 Francisco Pizarro.
 Fe en Dios.
 Gaspar, Melchor y Baltasar, ó o

abijado de todo el mundo Genio y figura.
 Historia china.
 Hacer cuenta sin la huéspada.
 Herencia de lágrimas.
 Institutos de Alarcon.
 Indicios vehementes.
 Isabel de Medicis.
 Ilusiones de la vida.
 Imperfecciones.
 Intrigas de tocador.
 Ilusiones de la vida.
 Jaime el Barbudo.
 Juan sin Tierra.
 Juan sin Pena.
 Jorge el artesano.
 Juan Diente.
 Los nerviosos.
 Los amantes de Chinclon.
 Lo mejor de los dados.
 Los dos sargentos españoles.
 Los dos inseparables.
 La pesadilla de un casero.
 La hija del rey Rene.
 Los extremos.
 Los dedos huéspedes.
 Los éxtasis.
 La posdata de una carta.
 La mosquita muerta.
 La hidrofohia.
 La cuenta del zapatero.
 Los quid pro quos.
 La Torre de Londres.
 Los amantes de Teruel.
 La verdad en el espejo.
 La banda de la Condesa.
 La esposa de Sancho el Bravo.
 La boda de Quevedo.
 La Creacion y el Diluvio.
 La gloria del arte.
 La Gitanilla de Madrid.
 La Madre de San Fernando.
 Las flores de Don Juan.
 Las apariencias.
 Las guerras civiles.
 Lecciones de amor.
 Los maridos.
 La lápida mortuoria.
 La bolsa y el bolsillo.
 La libertad de Florencia.
 La Archiduquesita.
 La escuela de los amigos.
 La escuela de los perdidos.
 La escala del poder.
 Las cuatro estaciones.
 La Providencia.
 Los tres banqueros.
 Las huérfanas de la Caridad.
 La niña Iris.
 La dicha en el bien ajeno.
 La mujer del pueblo.
 Las bodas de Camacho.
 La cruz del misterio.
 Los nobres de Madrid.
 La planta exótica.
 Las mujeres.
 La union en Africa.
 Las dos Reinas.
 La piedra filosofal.
 La corona de Castilla (alegoria).
 La calle de la Montera.
 Los pecados de los padres.
 Los infieles.
 Los moros del Riff.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

- El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Un embuste y una boda.
Todo son raptos.
Pedro el marino.
El cuello de la camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
A caza de cuervos.
As en puerta.
Los dos inseparables.
Una nube de verano. (Tercera edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres.
Sapos y culebras.
Una Virgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle. (Segunda edicion.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (Tercera edicion.)
La planta exótica. (Segunda edicion.)
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La perla negra.
La oracion de la tarde. (Sexta edicion.)
Los lazos de la familia. (Tercera edicion.)
Rico... de amor.
- Barómetro conyugal (2).
La bolsa y el bolsillo (2).
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (Segunda edicion.)
La agonía. (Segunda edicion.)
Flores y perlas. (Tercera edicion.)
Dios sobre todo.
Las hijas de Eva. (Tercera edicion.)
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural.
La cosecha.
La conquista de Madrid. (Segunda edicion.)
Cadenas de oro (4).
Una revancha.
La insula Barataria.
Punto y aparte.
En brazos de la muerte!
¡Bienaventurados los que lloran! (Tercera edicion.)
El bien perdido.
Oros, copas, espadas y bastos. (Tercera edicion.)
Los órganos de Móstoles.
Los infiernos de Madrid.
El ángel de la muerte.
La varita de virtudes.
Los misterios del Parnaso.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adán.

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

- Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

- (1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz.
(2) Idem con D. Ventura de la Vega.
(3) Idem con D. Narciso Serra.
(4) Idem con D. Ramon de Navarrete.

4V-8-

EL AMOR Y EL INTERÉS,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Representada por primera vez en el Teatro del Circo, la noche del 19 de Setiembre de 1857, para inaugurar la temporada cómica.

TERCERA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1870.

PERSONAJES.

ACTORES.

JOAQUINA, Condesa de
Barja. D.^a TEODORA LAMADRID.
DOLORES DE URRUTIA. D.^a AMALIA GUTIÉRREZ.
D. EDUARDO DE CARVA-
JAL. D. JULIAN ROMEA.
D. ENRIQUE DE SOSA. D. JOAQUIN ARJONA.
D. COSME. D. ENRIQUE ARJONA.
ANTONIO. D. LUIS CUBAS.
Varios criados.

Parte del argumento de esta comedia, y alguno de sus caracteres, estan tomados de *L'amant bourru*, de Monvel.

La accion empieza á las once de la mañana y termina á las seis de la tarde del mismo dia.
Los tres actos pasan en casa de Joaquina.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podra, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.
Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los Sres. Gullon e Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Tantas veces me has rogado, Cristina mia, que escribiese una obra del género de *Una nube de verano*, que no he podido ménos de complacerte, ya que sin duda fundabas tu deseo en el éxito que dicha comedia ha alcanzado siempre en el fabuloso número de sus representaciones en todos los teatros de España.

Al escribir *El amar y el interés*, no abrigo la esperanza de tan buen éxito; pero si el público, tan galante siempre conmigo, premia esta comedia con sus aplausos, á tí los deberé por haberme inducido á escribirla.

Acéptala tú, no por lo que vale, que es bien poco, sino como leve prueba del amor que te profesa tu

LUIS.

30 de Agosto de 1857.

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con lujo y elegancia. Puertas al foro y laterales. Muebles de moda, sillones, etc. Velador con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

D. EDUARDO, ANTONIO, CRIADOS.

Al levantarse el telon, se oyen varios gritos por el foro despues de una pausa.

ANT. (Dentro.) ¡Es imposible!

EDUAR. (Id.) Dejadme.

ANT. (Id.) Caballero...

EDUAR. ¡Atrás, canalla!

Quiero verla.

(Sale D. Eduardo por el foro, seguido de Antonio y de otros criados, que le rodean impidiéndole el paso.

Él baja decidido al proscenio.)

ANT. (Interponiéndose.) Ya le he dicho...

EDUAR. ¡Quiero verla! (Con imperio.)

ANT. ¿Á quién?

EDUAR. (Estallando de cólera.) Menguada

falange, á quién ha de ser?

¡Á vuestra ama!

ANT. ¿Qué ama?

EDUAR. ¡Bribon! ¿hay más ama que una?

- ANT. Sí señor, dos.
- EDUAR. ¿Son hermanas?
- ANT. No señor; amigas íntimas;
tutora y pupila...
- EDUAR. (Interrumpiéndole.) ¡Basta!
Quiero ver á la bonita...
- ANT. Pero es que las dos son guapas...
- EDUAR. ¡Á la que amo con delirio... (Con fuego.)
á la jóven!
- ANT. Lo son ambas.
- EDUAR. ¿Te estás burlando, tunante? (Amenazándole.)
- ANT. No señor. ¿Cómo se llama?
- EDUAR. Doña Dolores Urrutia.
- ANT. Pues entónces no está en casa.
- EDUAR. Sí está en casa. (Con seguridad.)
- ANT. (Imitándole.) No, señor.
- EDUAR. Yo digo que sí, y me basta.
Quiero entrar. (Haciendo un movimiento.)
- ANT. (Deteniéndole.) ¿Está usted loco?
- EDUAR. ¡Loco yo! Si no mirara... (Amenazándole.)
¿Me crees loco?... Amigo mio,
(Con mocha dulzura)
haz el favor de avisarla...
¡No! es mejor entrar, y voy...
(Otro movimiento.)
- ANT. (Á los otros criados.)
(¡No hay más, tiene alguna ráfaga!)
- EDUAR. ¡Maldita mujer!... por fuerza...
(Después de dar dos pasos por la escena, se dirige á
la izquierda. Antonio y los criados se colocan delante
de la puerta.)
- ANT. Caballero... una palabra.
Ya le ha dicho á usted el portero
qué ha salido. (Con entereza.)
- EDUAR. (Examinándole.) Tú me engañas...
- ANT. No señor. (Con gravedad.)
- EDUAR. (Retirándose.) En ese caso...
(Cuando está cerca del foro, vuelve rápidamente.)
¡Pero no; tengo que hablarla!
tengo que verla... ¡Ay, amigos,
si supierais mi desgracia! (Con tristeza.)
Toma: tomad y anunciadme...

(Mete las manos en los bolsillos y empieza á dar duros á los criados, que le miran estupefactos.)

No mireis con esa cara de susto: tranquilizaos.

¿No veis mi dolor? mis ansias?

¡Esto es una picardia! (Paseándose.)

¡Tan bella! (Parándose de pronto.)

ANT. (Á los otros criados, que no dejan de mirar á Don Eduardo.)

(¡No hay más, desbarra!)

EDUAR. Es su hermosura, su aliento,

(Se acerca á Antonio.)

su gentileza, su gracia...

¡Ya me entiendes! Me parece

que mis frases son bien claras...

yo me explico. Pero, en fin, (De repente.)

esa mujer que me mata,

tendrá amigos, tendrá amigas

á quienes hablar. ¿No se halla (Á voces.)

aquí nadie á quien yo cuente

á qué he venido? Esta casa

es una isla desierta?

¿No hay nadie dentro?

ANT. En la sala

está la Condesa...

EDUAR. ¿Quién?

ANT. Su amiga, y don Cosme.

EDUAR. (Con decision.) Basta.

Quiero hablar con ella; al punto

ve y dile que aquí la aguarda

un caballero.

ANT. (Vacilando.) Con todo...

EDUAR. ¿No has oído? ¿qué te tardas?

dile que la esperan: ¡pronto!

ANT. ¿Quién es este hombre?

EDUAR. (Sentándose de repente.) ¡Oh desgracia!

(Antonio hace una seña á los criados, y éstos se van por el foro. Él entra por la puerta de la izquierda despues de mirar á D. Eduardo.)

ESCENA II.

D. EDUARDO.

El demonio la ha formado
para que pierda mi alma. (Se levanta.)

¿Qué es una mujer bonita,
vamos á ver?... ¡Casi nada!

Ojos... nariz, boca, orejas,
piernas... brazos... pelo... enaguas...
las mismas cosas que tiene
la fea que nos espanta! (Pausa.)

¡Pero qué ojos! ¡qué manos!

(Con entusiasmo.)

¡qué dientes! ¡qué pie! ¡qué cara!

Todo está aquí.

(Dándose una palmada en la frente con fuerza.)

¿Quién dijera
que tras de ausencia tan larga
había de enamorarme
de aquella descamisada,
de aquel arrapiezo informe,
ruín, que conmigo jugaba
al escondite y al aro
y á las muñecas en casa?

La dejé con pantalones
y me la encuentro con faldas.

Ella tenía cuatro años
y yo doce cuando... ¡Bárbara
fortuna, cómo te gozas
en hacer extravagancias!

¡Oh! guardemos mi secreto
hasta verla y hasta hablarla.

Lo primero es que la guste,
y lo segundo... ¡Á Dios gracias!

(Viendo á la Condesa y D. Cosme, que salen por la
izquierda.)

ESCENA III.

La CONDESA, D. EDUARDO, D. COSME.

Antonio sale también por la izquierda después de D. Cosme, y apenas dice á la Condesa lo que se marca, se va por el foro. La Condesa y D. Cosme hablan en la misma puerta, sin hacer caso de D. Eduardo.

- ANT. Este es el que busca á usía.
(Señalando á D. Eduardo. La Condesa no le oye y él sale.)
- EDUAR. Sí; yo soy, señora... (Saludando desde lejos.)
- COND. (Sin oírle, á D. Cosme.) Nada de disculpas. Yo no admito tales razones. (Con enojo fingido.)
- COSME. (Sonriendo.) ¿Mi falta es tan grande?
- COND. ¡Entrar á verme sin avisar!...
- EDUAR. (Cansado de ver que no le hacen caso, se acerca un poco.) Yo esperaba...
- COSME. Yo creí... (Sin verle.)
- COND. Está muy mal hecho (id.) entrar sin decir palabra. Cuando no quiero escucharle es que estar sola me agrada.
- EDUAR. Señora, espero... (Impaciente.)
- COND. (Sonriendo.) ¿Usted entiende?
- EDUAR. (Á gritos.) ¡Señora!
- COSME. (Á la Condesa.) Vea usted... (Señalando á D. Eduardo.)
- COND. (Volviéndose al grito.) ¿Qué pasa?
- EDUAR. ¿Quiere usted, oírme, señora, (Á voces y á su lado.) y volver aquí la cara?
- COND. ¡Qué! (Extrañándose de sus modales.)
- COSME. ¡Caballero! (Acercándose.)
- COND. Sepamos,

- ¿quién es usted? (Con disgusto.)
EDUAR. (Con muy mal modo.) No hace falta
mi nombre. Yo estaba aquí
impaciente, loco, en ascuas;
pero ahora estoy colérico,
furioso al mirar su calma,
su distraccion, su sordera...
- COSME. Oiga usted... (Inter rumpiéndole.)
COND. ¿Qué?... ¡Pero calla!
(Mirándole fijamente.)
yo he visto en alguna parte...
sí, esa vista extraviada...
esa viveza... ¡es él! (Conteniendo la risa.)
- EDUAR. (Sin entenderla.) ¿Cómo?
COND. ¡Es él! ¡já, já, já, já! (Riendo á carcajadas.)
COSME. (Mirando á los dos.) ¿Qué pasa?
COSME. ¡Já, já! (Riendo cada vez más.)
EDUAR. Señ ora, esa risa... (Incomodándose.)
¿Usted se burla?...
- COND. ¡Esa facha!
(Sin poder contenerse.)
¡Já, já, já, já! es el mismo...
No puedo... (Llorando de risa.)
- COSME. (Estupefacto.) Esas carcajadas...
COND. Voy á contar... ¡já, já! (Empezando otra vez.)
EDUAR. (Conteniendo su cólera.) Vamos,
¿se puede saber la causa
de esa risa intempestiva?...
- COSME. En efecto, es cosa rara...
COND. ¿Usted no recuerda?
(Esforzándose por no reir más.)
- EDUAR. (Muy serio.) ¿Qué?
COND. El otro dia...
EDUAR. (Fuera de sí.) ¡Esto pasa
de burla!...
- COND. (Riendo.) —Cuando en la tienda
de los Savoyanos...
EDUAR. (Rápidamente.) ¡Calla!
(Examinándola con atencion.)
¡Esa risa! ¡si es la misma
mujer burlona, sarcástica,
que entónces... ¡adios, señora! (Bruscamente.)

- COND. ¿Cómo es eso? ¿Así se marcha (Riend. usted? Si yo soy su amiga...)
- EDUAR. Señora... (Saludando de mal humor.)
- COND. ¡Y esta es su casa!
- EDUAR. ¿Yo el amigo de una loca?
- COSME. ¿Qué? (Incomodado.)
- COND. Pues esa razon basta para que seamos amigos... Entre locos...
- EDUAR. Basta, basta: yo á ver á usted no he venido. Vine á decir dos palabras á Dolores; á su amiga: yo no olvidé aquellas gracias que deben ser el anuncio de su pecho y de su alma. Sus risas de usted me aburren, (Con rapidez.) me incomodan y me exaltan; volveré á verla, á ella sola; con usted no quiero nada. Estoy á los piés de usted... que siga el alivio. ¡Oh, rabia! ¡Salude usted, caballero! (Bruscamente á D. Cosme.) Servidor... ¡Servidor!... ¡Gracias!
- (Dice el primer *servidor* saludando: viendo que D. Cosme no le contesta, dice el segundo *servidor*, dando un grito y como diciendo á D. Cosme que lo diga. Él mismo se contesta *gracias*, y sale por el foro con rapidez, poniéndose el sombrero con fuerza y sin volver la cabeza. D. Cosme se queda asombrado mirándole. La Condesa prorrumpe en nuevas risas apenas D. Edaardo ha salido.)

ESCENA IV.

La CONDESA, D. COSME.

- COSME. ¿Pero qué es esto? ¡Qué hombre!
- COND. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡já! ¿Quién pensara que otra vez?...
- COSME. Pero sepamos.

- COND. Yo con razon esperaba
no volver á verle nunca,
y estaba desesperada
con esa creencia; casi (Sonriendo.)
en lo loco se me iguala.
- COSME. Esa confesion, Condesa...
- COND. Ya sabe usted que soy franca.
- COSME. Pero esas risas demuestran
que se han visto ustedes...
- COND. (Riendo.) ¡Vaya!
yo lo creo...
- COSME. ¿Y no se puede
saber?...
- COND. ¡Y ustedes nos llaman
curiosas á las mujeres
cuando hasta en eso nos ganan!...
Oiga usted... Como tratamos
de ir este mes á la Granja,
y dejamos á Madrid
en la próxima semana,
hace tres días quisimos
Lola y yo salir de casa
con el objeto de hacer
las compras más necesarias.
Al mismo tiempo queríamos
comprar cuatro ó seis estatuas
de bronce para el salon
de la quinta, y ver si estaban
concluidos los tapices
que encargué para la casa
que la he comprado á Dolores
en la Fuente Castellana.
Ya se ve, como esa herencia
la ha hecho mujer millonaria,
á costa de su buen primo
que murió en tierras lejanas,
ha sido fuerza que yo
el dinero administrara
por la muerte de mi esposo,
su tutor, que en paz descansa.
La pobre chica no tiene
gusto... ni entiende de nada...

- COSME.** Condesa, que se va usted por esos trigos...
(Interrumpiéndola y sonriéndose.)
- COND.** Mil gracias.
Era de noche y salimos á pie y á las ocho dadas, sin más lacayos que veinte pollos que nos escoltaban. Parecíamos cruzando las calles más alumbradas, dos generales en jefe
(Con gravedad cónica.)
de aquel batallón sin barbas.
- COSME.** Reconozco á usted, Condesa.
- COND.** De ver mil tiendas cansadas, fuimos á los *Savoyanos*, y allí el azar nos guardaba (Sonriendo.) una aventura estupenda, increíble, extraordinaria. Á dos pasos de nosotras, y preguntando en voz alta los precios, y revolviendo alfileres de corbata, sortijas y guardapelos, pulseras y joyas varias, y lo peor, sin comprar sólo una cosa entre tantas, estaba... ese ente ridículo, (Riéndose.) de mi hilaridad hoy causa. El Savoyano, impaciente al ver revuelta su casa, se volvió á nosotras, y alto, porque el otro lo notara, nos dijo: «Perdon, señoras: este caballero acaba al instante; lo que ha visto es muy caro ó no le agrada. Espero ser más dichoso con la Condesa de Barja y la señora de Urrutia.» Oye el hombre estas palabras y grita:—¡Cielos! ¡es cierto!

¡Urrutia! ¡Urrutia!—Se aparta del mostrador, por supuesto tirando cuanto allí estaba, y hácia Dolores se acerca sonriéndose y mirándola. Ella, tan tímida, al punto se pone como la grana; pero él, con la vista torva, la boca abierta... ¡dos varas!... apoyado en una silla, la miró media hora larga sin mudarse de postura ni decir una palabra.

COSME.

¡Bien!

COND.

(Riéndose.) ¡La escena era magnífica!

Yo reía á carcajadas;
Dolores estaba muerta;
él fijo como una estatua,
y todos los de la tienda,
entre puyas y miradas,
daban al cuadro una tinta
original, nueva y rara.
La pobre Lola, en el colmo
de su turbacion, se lanza
á la calle; yo la sigo,
y el hombre el umbral traspasa,
y *soy feliz, soy dichoso!* (Imitándole!)
dice á Dolores, *mañana
veré á usted.—¿Quién me dijera
que iba usted á ser el áncora
de mi salvacion? Ya todo
lo que entre los dos mediaba
se ha arreglado.—¡Adios!*—La coge
la mano, ella grita, él rabia,
se la aprieta, y sale á escape
empujando á cuantos pasan;
atropella á un aguador, (Con ligereza.)
rompe el botijo, á este abraza,
á otro besa, toma un coche
de alquiler, y al fin se escapa,
dejando á los de la calle
en una espantosa alarma,

- á Dolores confundida,
y á mí muerta á carcajadas!
- COSME. Pero, ¿y ustedes no saben
quién es ni cómo se llama?
- COND. ¡No, y lo siento; poco abundan
hombres de sus circunstancias,
y deben ser un tesoro
tratados en confianza!
- COSME. Usted estaba en su centro...
- COND. No lo niego; á mí me matan
las gentes comunes; gozo
entre las extravagancias.
- COSME. Comprendo entónces, Condesa,
lo poco que usted se afana
en hacer feliz á Enrique.
- COND. Enrique es de buena pasta;
dócil, bueno; mas no es eso
lo que en un hombre me agrada.
- COSME. ¡De modo que usted no piensa
casarse otra vez!... ¡qué lástima!
Y ese pobre chico, entónces,
¿qué va á hacer?
- COND. ¿Qué sé yo?
- COSME. ¡Nada!
- morirse...
- COND. Ya no se mueren
tan aprisa los que aman.
Pasó ya dichosamente
aquella época aciaga
en que era cada romántico
un Macías... con guitarra.
«¿No me quieres?»—¡Una cuerda!
«¿Tú me desprecias?»—¡Al agua!
«¿Vendistes mi amor?»—¡Arsénico!
«¿A otro prefieres?»—¡Navaja!
¡Los amantes de Teruel
son muy bonitos... en drama;
pero en la vida social
son de mal gusto y espantan!
- COSME. Pero al cabo, mi sobrino
es rico, honrado, y la ama...
¿por qué no unirse con él?

COND. ¿Y usted me lo dice?...

COSME Vaya, sepamos...

COND. (Sériamente.) Usted, ¿qué opina del matrimonio?...

COSME. (Vacilando.) Yo... nada... ya sabe usted que le odio intimamente...

COND. ¿Sí? ¿y trata de que yo?...

COSME. Mis opiniones son para mí, están fundadas, y las uso; pero usted en mi caso no se halla. Si yo tuve una mujer feroz, infernal, nefasta; si me hizo pasar la vida en desventuras y en ascuas; si empezó como una sierpe, y fué como una de tantas; si me aligeró el bolsillo y me repeló las barbas; si despedazó mi cuerpo y desesperó mi alma, ¿he de querer yo, egoísta, fundándome en mi desgracia, que en celibato afrentoso perezca la raza humana?

COND. Pero es el hecho que Enrique no me ha dicho una palabra, y si me adora en silencio... no le entusiasmo en voz alta...

COSME. Sí... tendrá rubor...

COND. Ó sueño: duerme mucho más que habla...

ESCENA V.

La CONDES A, D. COSME, DOLORES, por el foro, con capote y traje de mañana.

COSME. No es extraño... algún momento.

- DOL. Felices...
- COND. ¿Adónde has ido?
- DOL. Salí en coche y ya he cumplido con el tercer mandamiento.
(Se quita el velo.)
- COSME. Á los piés de usted, señora...
- DOL. Adios, don Cosme; ¿qué tal?
(Le da la mano.)
- COSME. Entre ustedes, nunca mal; llega usted á buena hora.
- DOL. Pues qué ocurre?
- COSME. Esta infeliz que se niega ciegamente á casarse.
- COND. Exactamente.
- COSME. Que renuncia á ser feliz...
- DOL. ¿Y usted que tanto la asedia para que se incline al yugo?...
- COND. No hagas caso: este verdugo representa una comedia. Él, que tiene antipatía al sétimo sacramento, me prepara un casamiento que á cualquiera asustaría.
- COSME. ¿Qué se entiende?...
- COND. ¿Qué, no es nada la opinion que usted pregona?
- COSME. Ya he dicho que soy persona demasiado interesada.
- DOL. ¿Qué opina usted? la verdad.
- COSME. ¿Yo?... ¿Dé qué?...
- DOL. Del matrimonio.
- COSME. ¡Libreme de él! san Antonio! (Rápidamente.) Eso es una enfermedad. Júzganla todos endémica; pero es para el que la pilla como la fiebre amarilla, contagiosa y epidémica! Mal de peligros tan ciertos, que á sus influjos malvados, el número de atacados... es igual al de los muertos.

- COND. ¿Y usted, pretende, asesino,
que yo, imprudente, reincida
y acabe mi libre vida
en manos de su sobrino?
- DOL. ¡Qué! ¿De Enrique se trataba?
Pues no te puedes quejar. (Vivamente.)
- COND. Parece que en mi lugar
Dolorcitas se casaba. (Irónicamente.)
- DOL. ¡Jesus! yo no he dicho tanto... (Turbada.)
Creo que Enrique puede hacer
la suerte de una mujer...
Rico, jóven, bueno....
- COND. ¡Un santo!
- COSME. Tiene al ménos buena pasta...
y aquí tiene usted un juez...
- COND. (Interrumpiéndole)
Ya me he casado una vez...
fui feliz... ¡con una basta!
- COSME. El conde era, sin embargo,
hombre de edad y achacoso,
y la vejez de un esposo
es un fruto muy amargo...
- COND. Por eso, sin duda alguna,
no me dió ningun disgusto.
Si salí bien, ¿será justo
volver á probar fortuna?
- COSME. Enrique es bueno...
- DOL. Sí tal...
- COSME. Complaciente...
- DOL. Yo lo creo.
- COND. Pero es tan soso y tan feo...
- DOL. ¡Eso no!... (Con rapidez y cándidamente.)
- COND. Habré visto mal.
Luego su genio me enfada...
tranquilo... no hay que le asombre...
se sienta... en fin, es un hombre
que no sirve para nada...
- COSME. No es muy vivo...
- DOL. No he notado...
- COSME. Además, siempre he oido
que es mejor para marido
un hombre... que esté sentado!

- COND. No hablemos más...
- DOL. ¡Qué rigor!
- COND. No quiero verle...
- DOL. ¡Cruel!
- COND. Mira, cástate con él (vivamente.)
y me haces un gran favor.
- DOL. ¿Yo? ¡Jesus! (Turbada.)
- COND. Ya estás turbada:
¿se parece á tí!... (Con burla.)
- DOL. ¡Qué escucho!
- COND. Los dos simpatizais mucho...
Pareja mejor cortada... (Id.)
- COSME. No la haria usted muy mala (Á la Condesa.)
en un caso extraordinario,
con el ente estrafulario
que he visto hoy en esta sala...
- COND. ¡Ay, Dolores!... ¡es verdad!... (Con alegría.)
decirte se me ha olvidado
que ha venido... (Riéndose.)
- DOL. (Sencillamente.) ¿Quién?...
- COND. (Conteniendo apenas la risa.) Que ha estado...
- COSME. ¡Una notabilidad!
- COND. El hombre que la otra noche...
¡Já! ¡já!... (Riendo á carcajadas.)
- COSME. (A Dolores.) Pero ¿usted no acierta?...
- COND. Aquel de la boca abierta;
el que se marchó en el coche...
- DOL. ¿Cómo? aquel hombre atrevido... (Turbada.)
- COND. Sí: el que aplastó al aguador
y te declaró su amor...
- DOL. ¡Ay! ¿ha venido?... (Con temor.)
- COND. Ha venido
dando voces á porfía
y gritando en sus furores...
«Yo vengo á ver á Dolores (Imitándole.)
y no á usted, señora mia.»
No me pude contener,
y al verle me eché á reir;
pero él, sin quererme oír
ni á don Cosme, echó á correr.
Por supuesto que por poco
nos pega á los dos.

- COSME. (Sonriendo.) ¡De fijo!
- DOL. ¿Pero quién es?
- COSME. Yo lo colijo
que debe ser algun loco.
- DOL. ¿Y qué quiere?
- COND. ¿Qué sé yo?
- DOL. ¿De qué me conoce á mí?
- COND. Se habrá prendado de tí...
- COSME. ¿Como usted de él?...
- COND. ¿Por qué no?
- DOL. ¡Jesus! tiemblo de pensar
que pueda otra vez hablarme
y... no... no..
- COND. Voy á enojarme
si no le dejas hablar...
- DOL. (Interrumpiéndole.) ¿Qué te importa á tí?...
- COND. ¡No es cosa!
- DOL. ¿Y si ese hombre te quisiera
y su extravagancia fuera
afan de hacerte su esposa?
- DOL. ¡Libreme Dios!
- COND. ¿Y por qué?
- DOL. ¿Cómo quieres que me guste
hombre que al hablar me asuste?...
- COND. ¿No te has de casar?
- DOL. Sí á fe.
Pero aunque huérfana soy,
tengo fortuna bastante
para elegir un amante
más tranquilo que el de hoy.
Cuando yo nada tenía,
tal vez me hubiera casado
con quien hubiese aspirado
á mi pobre mano un dia.
Pero hoy que al morir mi tío
y encomendarme á tu esposo
con un capital cuantioso
cuento, que antes no era mio:
hoy que por la triste muerte
de mi primo desgraciado,
el caudal á él destinado
ha mejorado mi suerte,

- pretendo escoger mejor
y no darme mucha prisa,
que al fin no es cosa de risa
un marido ni un amor.
- COND. Mi intencion es la mas sana.
Era tu tutor el conde,
y yo soy la que responde
de tu fortuna mañana.
Que él al morir me encargó
guardara tu capital,
y temo guardarle mal
administrándole yo.
- COSME. Es temor muy comedido...
- COND. Tu herencia me da cuidado...
- DOL. Por eso la has empleado (Sonriendo.)
en todo lo que has querido!
- COND. ¡Ingrata! ¡y se queja aún!
¿Cómo mejor emplearla?
Qué es lo que he hecho? Comprarla
un bosque entero en Irun:
medio rio de Aragon,
donde cogen cada pez...
dos casas en Aranjuez
y otra casa en Sacedon;
y la compré ayer mañana,
por si el verano la acosa,
una quinta deliciosa
en la fuente Castellana.
Dos coches, un char-avan,
y para fin de mi cuento
doce molinos de viento
en Alcázar de San Juan.
- COSME. ¿Pues es una friolera! (Riéndose.)
¿Y cuánto rentan?
- COND. No sé...
- COSME. ¿Es decir... que emplea usted (íd.)
el caudal á su manera?
- DOL. Pues yo hubiera preferido, (Sencillamente.)
y no lo tomes á riñas,
que en olivares y viñas
me lo hubieras invertido!
- COND. ¿Pero que en eso repares?...

¿Lo mio no vale nada?
¡Pobre herencia mal gastada
en viñas y en olivares!
Habiendo gas, ¿qué destino
dar al aceite prefieres?
¡Viñas! Para qué las quieres
si tú nunca bebes vino?

COSME. ¡Ay qué cabeza!
DOL. ¿Verdad?
COND. ¿De convencerte no hay modo?
Mañana lo vendo todo... (De repente.)
COSME. Y se pierde la mitad.

(En este momento entra Antonio, por el foro con una carta en una bandeja pequeña de plata.)

ESCENA VI.

DOLORES, la CONDESA, D. COSME, ANTONIO.

ANT. Señora... (Desde el foro.)
COND. ¿Que? (Volviendo la cabeza.)
ANT. Ahí han traído
esta carta en este instante.
(La Condesa hace una seña á Antonio para que se acerque; coge la carta y lee el sobre. Antonio se retira un poco.)
COND. Es para tí... (Entregándosela á Dolores.)
DOL. (Con extrañeza.) ¿Para mí?
¿Quién?... ¿Si yo no escribo á nadie?...
Con permiso. (La abre y lee en voz baja.)
COND. (Á Antonio.) ¿Quién la trajo?
ANT. Un negro, y se marchó á escape...
COND. ¿No dijo?
ANT. ¡Ni una palabra!...
COND. Bien; déjanos.
(Antonio se inclina y sale por el foro, llevándose la bandeja.)

ESCENA VII.

La CONDESA, DOLORES, D. COSME.

DOL. (Turbada deja de leer.) ¡Dios me salve!

COND. ¿Qué es eso?...

(Dirigiéndose á Dolores y cogiéndola la carta que tiene en la mano todavía.)

COSME. ¿Qué?...

DOL. ¿Yo qué he hecho

para que ese extravagante me persiga?...

COSME. ¿Qué?... ¿es de ese hombre?...

COND. Oigan ustedes...

(Riéndose y despues de haber leído la carta, conteniendo apenas su risa.)

DOL. (Con timidez.) ¡Qué lance!

COND. ¡Es delicioso ese tipo! (Sonriendo.)

DOL. ¡Tiene tu mismo carácter!

COND. (Empieza á leer la carta en voz alta, con gravedad cómica y dando mucha intencion á la frase. Se detiene un momento al fin de cada estrofa, y al concluir de leer se echa á reír.)

«Dolores hermosa,

»estoy muy enfermo;

»desde que la he visto

»ni como ni duermo.

»Si usted no me escucha,

»lo que es muy sencillo,

»de fijo esta tarde

»me da un tabardillo.

»Otro pintaria

»aquí su pasion...

»á mí no me gusta

»la conversacion.

»La ofrecio mi mano

»y claro me explico:

»soy jóven, soy bueno,

»soy guapo, soy rico.

»Si usted es mi esposa

»su esclavo seré,

»mas si me desprecia

»prepárese usted.

»Atocha, catorce,

»es mi habitacion;

»en mi casa espero

»la contestacion.

»Posdata.

»Si usted en callar se empeña

»por la respuesta iré yo:

»dígame usted *si* ó *no*,

»como Cristo nos enseña.»

¡Este amante es delicioso (Hablando.)

y el estilo es admirable!

¿Y te ries?...

DOL.

COSME.

¡Oh, qué lástima

que en las tahonas amasen!...

COND.

DOL.

¡Qué carta!

COND.

¡Ese hombre está loco!

Espera... espera...

(Se dirige á una mesita donde habrá recado de escribir, y en medio pliego de papel se pone á escribir.)

DOL.

COND.

(Siguiéndola con la vista.) ¿Qué haces?

DOL.

¿Tú le quieres? (Desde la mesa.)

COND.

¡No!

DOL.

(Sonriéndose.) Contesto.
Joaquina... repara... (Acercándose.)

COND.

¡Dále!

Él te pide un *no* ó un *si*...

¡mira!...

(Levanta el papel en alto, donde habrá escrito un no que le llena todo, de modo que le vea el público.)

DOL.

¡Jesus!

COND.

¡Letra grande!

¡Que se vea!

(Lo coloca dentro de un sobre y escribe las señas.)

DOL.

Yo no quiero...

COSME.

Mejor es no contestarle...

COND.

Eso es ser grosera, y tú

eres muy fina...

(Toca al timbre y aparece Antonio.)

ESCENA VIII.

La CONDESA, DOLORES, D. COSME, ANTONIO.

- COND. (Dándole la carta.) Al instante,
Antonio, lleva esa carta
á su destino...
- DOL. (Deteniéndola.) No trates
de llevar con esa broma
su insensatez adelante.
- COND. Donde dice el sobre.
(Á Antonio sin oírlo. Este sale por el foro despues
de inclinarse.)

ESCENA IX.

La CONDESA, DOLORES, D. COSME.

- COND. ¡Vamos!
Era preciso escucharle...
¡lo que va á decir!... ¡Dios mio! (Riendo.)
¡Qué ojos pondrá y qué ademanes!
Diera algo bueno por verle...
- COSME. ¿Quién es más loco?
- COND. (Sonriendo.) ¿Yo?...
- DOL. Es fácil.
- COND. Quisiera ver sus miradas...
De fijo va á pasearse...
(Se pasea imitándole.)
por su cuarto dando gritos...
¡Traidora!
(En este momento levanta la Condesa el brazo y da
en el sombrero de D. Enrique, que entra por el foro,
echándole al suelo. Este retrocede sorprendido)
- ENRIQ. ¡Ay!
- COND. (Riendo.) No hay que asustarse...
Hablabamos de un relámpago,
de un trueno... aquí está el contraste.

ESCENA X.

La CONDESA, DOLORES, D. COSME, D. ENRIQUE.

ENRIQ. ¡Buenos días!
(Después de haber colocado el sombrero sobre una silla, y abriéndosele la boca, se sienta en una butaca en el acto.)

DOL. (Con amabilidad.) ¡Bien venido!...

COSME. ¡Hombre! ¿te vienes durmiendo?...

ENRIQ. Es que hace un calor horrendo!

COND. ¡Qué ameno y qué divertido! (Con ironía.)

COSME. (Se acerca al sillón donde está Enrique, y le dice dándole una palmada en el hombro.)

Sobrino, si has de triunfar

en fortuna y en amor,

sé activo, sé emprendedor,

y aprende á correr y á hablar.

(Enrique vuelve la cara.)

Adios, Dolores... Condesa...

(Saludándolas.)

COND. ¿Vendrá usted luego á comer?

(Dándole la mano.)

COSME. Si usted...

COND. Tendré un gran placer.

COSME. ¡Guárdeme un sitio en la mesa!

(Á Enrique, después de haber dado las gracias á la Condesa con un movimiento de cabeza. Sale por el foro.)

ESCENA XI.

La CONDESA, DOLORES, D. ENRIQUE.

DOL. ¿Cómo tan tardé? (Á D. Enrique.)

ENRIQ. (Restregándose los ojos.) Señora...

siento ántes no haber venido,

pero me quedé dormido

hasta hace una media hora.

COND. Y son las dos de la tarde.

ENRIQ. Si el bruto de mi criado

- COND. ántes no me ha despertado...
De su falta hace usted alarde.
- ENRIQ. No lo puedo remediar:
tanto adoro la quietud,
que en mí la mayor virtud
es llegarme á levantar.
(Habla muy despacio.)
Yo envidio á esos andarines
que siempre están en paseo,
y es viajar su recreo,
y ver distantes confines.
Yo quisiera ser un loco
de esos que van de escapada,
que no duermen casi nada,
que hablan mucho y comen poco.
Pero Dios me hizo tan vario,
tan distinto de su especie,
que aunque una tormenta arree
con ímpetu extraordinario,
si en una silla me pilla
y estoy bien sentado en ella,
aunque caiga una centella
no me muevo de mi silla.
- COND. (Con desprecio.)
¡Y qué espera usted alcanzar,
qué va usted á ser en el mundo?
- ENRIQ. Un marido sin segundo
cuando me llegue á casar.
No me atreveré á impedir
que mi mujer salga y entre,
con tal que cuando me encuentre
quieto, me deje dormir.
Ni ella pasará desvelos
por mis alegres locuras,
ni yo de sus aventuras
me cuidaré con mis celos.
¡Comer, dormir, vegetar,
es ser feliz en la tierra!
Ardan los hombres en guerra
de adquirir y de medrar,
que yo, feliz y contento
con mi dichosa apatía!

- cifro la ventura mia
sin dar á nadie tormento,
en cumplir este programa
que á mi ventura interesa...
¡Desde la cama á la mesa! (Muy despacio)
¡Desde la mesa... á la cama!
- COND. ¡Jesus, qué hombre! (Apartándose de él.)
DOL. Mejor es
su existencia sosegada
que esa vida alborotada
que en todos los hombres ves.
- COND. (Con decisión.)
Pues yo congeniar no puedo
con quien se duerme á mi lado...
Hombre quiero alborotado...
- DOL. Y yo tranquilo le quiero...
ENRIQ. ¿Por eso, amable Condesa,
sorda á mi afecto la miro?
- COND. No lo niego.
ENRIQ. Y yo suspiro...
COND. *Desde la cama á la mesa.* (Con burla.)
ENRIQ. Mi constancia ablandará
ese pecho de granito... (Muy despacio.)
- COND. Decir más no necesito...
DOL. (¡Pobre Enrique!) (Ap., mirándole.)
COND. (Id.) (¡Qué hombre!)
ENRIQ. (Bostezando.) ¡Ah!!!

ESCENA XII.

La CONDESA, DOLORES, D. ENRIQUE, ANTONIO, que entra por el foro con el semblante dolorido y quejándose durante toda la escena. D. Enrique oye dos ó tres versos, vuelve la cabeza y se queda dormido profundamente.

- ANT. Señorita...
COND. (Viéndole.) ¿Estás de vuelta?...
Vamos, ¿qué has hecho? ¿entregaste
la carta? (Con ligereza.)
- ANT. (En tono lastimero.) Espero que usía
con otra tal no me mande.
- DOL. ¿Qué ha sucedido? Verás
si tu imprudencia... (Á la Condesa.)

- COND. No tardes
en contarnos la aventura
con sus menores detalles.
- ANT. Algunos traigo en mi cuerpo,
señorita... así de grandes... (Señalando.)
- COND. Habla pues.
- ANT. (Esforzándose.) Llegué á la casa,
como está poco distante,
al momento: pregunté
allí por el personaje,
y de un negro en otro negro
llegué á verme de él delante.
¿Qué quieres? me dijo.—Traigo
una carta urgente.—Dame:
¿de quién es?...—De mi señora.
—¿Tu señora?—Sí.—¡Bergante!
¿Quién es tu señora?—Yo
le contesté, ya amoscándome,
es la señora de Urrutia.
—¿Urrutia?—¡Eso es!—Di, tunante,
¿por qué no lo has dicho al punto?
¡Qué felicidad tan grande!
¡Carta suya! ¡carta suya!—
dijo, y empezó á abrazarme,
á dar gritos, á bailar,
á reir y á hacer visajes.
—¿De mí se ha compadecido?
¡Es una diosa, es un ángel!—
Y besó el sobre mil veces
y le abrió despues sentándose.
¡Pero qué metamorfosis!
¡Si lo hubiera sabido antes!
Apenas abrió la carta,
cuando verde de coraje,
—*¡No!* dijo, esa infame sierpe
se burla de un miserable.
¡*No!* la detesto, la odio,

1 En todo este parlamento imita Antonio el diálogo y el modo de hablar de ambos.

la aborrezco... eso no es fácil...
¡la adoro!—¡un *no* es sólo el premio
de mi amor y mis afanes!»
Estaba furioso... yo
ya pensaba en retirarme,
cuando viéndome dió un grito
feroz, horrible, incopiable,
y cogiéndome del cuello
con más fuerzas que un gigante,
empezó á darme cachetes
y puntapiés formidables.
—Toma la propina, sal,—
dijo el loco sin dejarme,
y repitiendo los golpes
fué muy fino acompañándome
hasta regalarme el último
á la puerta de la calle. (Páusa breve.)
Corrí y me siguió corriendo,
de cuando en cuando alcanzándome,
y aumentando el grueso número
de sus caricias salvajes.
Vi mi suerte en los talones,
y de él logrando librarme,
ruego á usía que me evite (Compungido.)
llevar cartas semejantes,
ó me compre una armadura
de hierro para estos lances!

COND. ¿Conque te han apaleado, (Sonriendo.)
buen Antonio?

ANT. ¡Sí, y en grande!

Lo mismo que en la *Redoma*
que fui á ver la otra tarde,
puedo decir que ese hombre,
fatal entre los fatales,
según sienta las costuras,
parece oficial de sastre.

COND. ¡Hubiera dado por verle
cualquier cosa!

DOL. (Reconviniéndola.) ¿Lo ves?...

EDUAR. (Dentro y á gritos.) ¡Dale!
¡quiero verla! ¡atrás!

COND. (Vivamente.) ¿Qué escucho?

- DOL. ¡Ahí está! (Con alegría.)
¡Con tu carácter
me has comprometido! (Temerosamente.)
- COND. (Con resolución.) Espera,
¡verás qué escena!
- DOL. (Deteniéndola.) ¡No! Hazme
el favor de irte; yo espero
disculpar...
- COND. (Insistiendo.) Pero...
- DOL. (Id.) Bastante
le has hecho sufrir. Yo puedo
convencerle.
- COND. ¡Bien!
(Resignándose á pesar suyo.)
- EDUAR. (Dentro.) ¡Dejadme!
- DOL. ¡Vete! (Con ansiedad.)
- COND. ¡Enrique! ¡y se ha dormido!
(Llamándole.)
- ENRIQ. ¡Enrique! (Dándole un grito.)
¡Qué! ¡qué!
- COND. (Despertando sobresaltado.)
(Con ira.) Levántese...
vamos... (Cogiéndole del brazo.)
- ENRIQ. ¿Dónde?
- COND. (Riéndose.) ¡Dios te ayude!
(Al erizado!) ¡Antonio!
- ANT. (Al echar á andar.) ¡Ay!
- COND. Anda delante....
(Va á salir y vuelve con rapidez para decir á Dolores.)
Avísame si te pega.
- DOL. Sal, loca; vé...
(Empuja á la Condesa; que sale con D. Enrique y
Antonio por la izquierda; en el mismo momento apa-
rece D. Eduardo en el foro: entra rápidamente y de
un modo braseo: Dolores baja al proscenio con fin-
gida tranquilidad.)

ESCENA XIII.

DOLORES, D. EDUARDO.

- EDUAR. ¡Dios la guarde! (Secamente.)
Señora... gracias á Dios
que puedo verla y hablarla!
(Dolores ofrece una silla á D. Eduardo con amabili-
dad. D. Eduardo hace seña de que no con la mano:
ella insiste y él dice bruscamente.)
¡Gracias mill!... Yo no he de usarla...
- DOL. Pero... (Insistiendo.)
EDUAR. Estamos bien los dos.
DOL. Yo... (Eduardo la ofrece la silla.)
EDUAR. Siéntese usted...
DOL. Despues...
EDUAR. Son preciosos los momentos...
DOL. Digo... (Invitándole á que se siente.)
EDUAR. Ménos cumplimientos. (Bruscamente.)
Gracias: estoy á sus piés.
Ruego á usted que me permita... (Se pasea.)
yo me paro... y me paseo...
y así acostumbro y deseo
hacer siempre una visita.
- DOL. (¡Qué hombre!) (Mirándole de reojo.)
EDUAR. (Mirándola fijamente.)
¿Se encuentra usted mal?
- DOL. No... (Con sonrisa forzada.)
EDUAR. Sí tal... (Acercándose.)
DOL. Pues bien... ¡un poco!
EDUAR. ¡Perdone usted; soy un loco, (Sinceramente.)
y mi conducta fatal
hará que usted tema...
- DOL. (Sonriendo.) No,
pues que le he querido ver...
- EDUAR. Viajes tuve que hacer
para conseguirlo yo.
El bárbaro del portero
obstinado se negaba...
- DOL. Como yo á usted no trataba...
- EDUAR. ¡Es un feroz cancerbero!...

- (Bruseamente.) Ya me trata usted ahora...
DOL. (Con dulzura.) Quisiera oírle, si es dable,
en un tono más... amable...
EDUAR. Tiene usted razon, señora. (Dominándose.)
No la pretendo asustar...
yo soy franco, no muy fino,
adusto, y como marino
no me sé dulcificar.
DOL. Al ménos esa franqueza
le honra á usted.
EDUAR. Franco, lo soy.
DOL. Los marinos... hablan hoy (Con timidez.)
ya con ménos aspereza.
En el mar tendrán su encanto
en dar voces... y se explica...
¡como la tierra es mas chica...
aquí... no gritamos tanto! (Sonriendo.)
EDUAR. (Conteniéndose.) Hablaré bajo y seré
fino, modoso y galante.
(De pronto) ¡Ameme usted al instante,
y yo la obedeceré!
DOL. Amar... recibí su esuela. (Conteniéndose.)
EDUAR. Á propósito. Usté es fina,
mas no sigue la doctrina
que su palabra revela.
¡No! ¡solo no! Me parece
que esa sílaba lacónica
no me debió ser armónica:
mi carta nó la merece.
Ese *no* me ha confundido...
cuando se niega un favor
se emplea ménos rigor
del que hoy usted ha tenido.
DOL. Yo no... una amiga imprudente
dictó esa frase concisa...
EDUAR. ¡Ah! vamos... ¿la de la risa
infernál?
DOL. ¡Exactamente!
Y ruego á usted no haga caso...
EDUAR. ¡Ya decia yo! tan bella.. (Con entusiasmo.)
tan amable... ¡no ha sido ella!
Pues ya salimos del paso: (Transición.)

- ahora podemos hablar.
Para mí es usted un tesoro...
señorita, yo la adoro
sin poderlo remediar.
Soy rico... y aunque no influya
esto en ser tan soberano,
aquí tiene usted mi mano... (Se la tiende.)
conque... (Pausa.) ¡deme usted la suya!
- DOL. Yo... caballero... no sé... (Turbada.)
(Vaya un hombre original...)
- EDUAR. ¿Me desprecia usted?...
- DOL. No tal...
pero... no me gusta usted... (Esforzándose.)
- EDUAR. ¿Qué?... (Con furor reconcentrado)
- DOL. Usted se sulfura, vamos...
yo tengo libre albedrío...
y me obliga, á pesar mio...
en fin... no simpatizamos...
- EDUAR. ¿Con que no?
- DOL. Nunca podremos...
- EDUAR. ¿Usted no admite?... (Creciendo su furia.)
- DOL. No admito...
- EDUAR. ¿Con que no? (Estallando.)
- DOL. Siento infinito...
- EDUAR. Señora, eso lo veremos...
- DOL. ¿Cómo? (Levantándose asustada.)
- EDUAR. De cejar no trato...
yo ante el peligro no huyo.
Si hay promesas las destruyo,
y si hay rival le mato.
- DOL. ¡Caballero!...
- EDUAR. ¡Nada, nada!
- DOL. Yo esta entrevista he buscado
para dejar terminado
ese empeño...
- EDUAR. (Furioso.) ¡Alma taimada!
¿Y usted no sabe, señora,
quién soy?... ¿á lo que me obliga?...
- DOL. Creo que siendo su amiga...
- EDUAR. Su amistad ¡vaya en mal hora!
- DOL. Usted abusa... (¡Prudencia!)
- EDUAR. ¿Qué?

- DOL. Su tono no está en uso...
- EDUAR. ¿Yo abuso?... y bien, ¿de qué abuso?
- DOL. (Con entereza.) De mi calma y mi paciencia.
Beso á usted la mano. (Yendo á retirarse.)
- EDUAR. (Deteniéndola.) No:
usted no se marcha así...
- DOL. (Aterrada.) ¡Ay!
- EDUAR. (Fuera de sí.) Va usted á saber aquí
quién es usted, quién soy yo.
(Con sarcasmo.) Yo vengo para arruinar
á la que á mi me arruinó...
á la que al hombre heredó
que yo he debido heredar.
- DOL. ¿Qué? (Sin comprender.)
- EDUAR. Cruzo mares y tierra,
y vengo de rabia ciego
á llevar á sangre y fuego
con esa mujer la guerra...
y gasto un pingüe tesoro
para verla y arruinarla,
y cuando acierto á mirarla
me quedo lelo y la adoro. (Desesperado.)
- DOL. Pero...
- EDUAR. Y bien, mujer ingrata...
tiemble usted.
- DOL. (Retrocediendo.) ¡Es un demente!
- EDUAR. ¿Sabe usted quién está enfrente
de ese rostro que me mata?
- DOL. Hable usted. (Con ansiedad.)
- EDUAR. Yo soy el hombre
infeliz y desgraciado
del que usted habrá olvidado,
como mi padre, ¡hasta el nombre!
Aquel que muerto han creído,
sí, yo soy ese mortal...
¡Eduardo de Carvajal!
- DOL. ¡Ah! ¡Jesus! ¡qué es lo que he oído!
- (Cae desmayada en una butaca.)
- EDUAR. ¡Cielos! ¡y se ha desmayado!
(Corriendo á ella.)
¡Á ver! ¡socorro! y yo soy... (Gritando.)
No vienen... ¡pronto!... (Id.)

ENRIQ. (Saliendo por la izquierda.) ¡Allá voy!

ESCENA XIV.

DOLORES, desmayada, D. EDUARDO, D. ENRIQUE

EDUAR. Caballero...

ENRIQ. (Con calma.) ¡Qué ha pasado?

EDUAR. ¡Agua!... voy por un doctor.

ENRIQ. Mas . .

EDUAR. Socórrala...

ENRIQ. (Viendo á Dolores.) ¡Qué veo!
¡desmayada!...

EDUAR. (Fuera de sí.) En mi deseo
amante!...

ENRIQ. ¡Vaya un amor!

EDUAR. ¡No la deje usted!...

ENRIQ. (Mirándole.) ¡Dejar!...

EDUAR. ¡Reniego de mi visita!

(Sale corriendo por el foro, sin sombrero)

ENRIQ. Dolores... Lofa... Lolita...

(Llamándola á su lado. Viendo que no responde, se dirige á la otra butaca que está al lado de la mesa, donde hay recado de escribir: se sienta en ella y coge el timbre, en el que da un golpe, diciendo con mucha calma.)

¡Pues señor... hay que llamar!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero, menos el velador con el recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, D. COSME, por el foro; el primero trae en la mano un plato pequeño de postres con un flan y una cucharilla de plata; le sigue D. Cosme.

COSME. Pero hombre... (Reconviniéndole.)

ENRIQ. (Incomodado.) Déjeme usted.

¡Qué reñir y qué charlar!

COSME. ¿Pero por qué te levantas de la mesa?

ENRIQ. ¡Buena está la pregunta! Á mí me agrada comer con tranquilidad.

Ellas se han puesto á reñir,

usted se ha puesto á rabiarse,

y yo, en medio de barullo

tan necio y descomunal,

al placer de la comida

no me he podido entregar.

Pasó la sopa, el cocido,

el rosbif y el vol-ovan,

y yo sin probar bocado

en comida tan fatal,
viendo que llegan los postres
y que no quieren callar,
me levanto y á esta pieza
me salgo sin más ni más,
con el fin de ver si puedo
comerme tranquilo el flan.

(Se sienta y principia á comerle muy despacio. Don Cosme le mira.)

COSME. Yo no acierto á comprender
cómo con carácter tal,
no estás más gordo y rollizo;
ni cómo con génio tan...
tan... dispuesto á hacer en todo
tu santa comodidad,
deseas verte sújeto
al lazo matrimonial.

ENRIQ. (Sin dejar de comer.)
Tío, por eso. Ya estoy
cansado de disputar
con usted, y ser el blanco
de su sátira mordaz.
Quiero ser amo en mi casa
y tranquilo vegetar,
y dormir á pierna suelta
y vivir en santa paz,
y hacer mi vida apacible,
tranquila, patriarcal.
Pero, como yo soy hombre
muy poco amigo de andar
parado por las esquinas
para ver una beldad,
y no me gusta ir á citas,
ni dar cartas, ni chupar
el puño de mi baston,
escondido en un portal,
le he pedido que me busque
una novia sin tardar,
ahorrándome la molestia
de declararla mi afán.

COSME. ¡Infeliz!

ENRIQ. Y ¿qué ha hecho usted?

- COSME. Puesto que metido estás en esta casa y no quieres mirar caras nuevas...
- ENRIQ. (Interrumpiéndole.) ¡Quía!
- COSME. Te propuse á la Condesa...
- ENRIQ. Eligiendo, por mi mal, la que ménos simpatiza con mi modo de pensar...
- COSME. Dime, mentecato, y si Lola te gustaba más, ¿por qué no te has declarado á ella ántes?
- ENRIQ. (Con calma.) Por no hablar.
- COSME. Entónces, sufre tu suerte. (Pausa.) ¿En qué piensas?
- ENRIQ. (Sencillamente.) ¿Yo? En el flan.
- COSME. Desde hoy te pronostico que á ser un marido vas de esos que la multitud *Juan Lanas* suele llamar!
- ENRIQ. Mejor...
- COSME. Y si una mujer engaña al más perspicaz, ¿qué hará contigo, infeliz?... ¿qué?...
- ENRIQ. ¡Dios sabe lo que hará! Como no seré exigente, celoso ni suspicaz; como no tendré queridas ni me gusta trasnochar; como yo pienso cumplir con toda puntualidad lo que manda el catecismo y el párroco nos dirá... probablemente seré más feliz...
- COSME. (Con ironía.) Sí.
- ENRIQ. (Tranquilamente.) Mucho más que usted lo fué con su esposa con toda su habilidad.
- COSME. (Convencido.) Sí, lo que es eso, con poco

que lo seas, lo serás.

¿No te gusta la Condesa?

(Variando la conversacion.)

ENRIQ. Mucho...

COSME. Y Lola...

ENRIQ. Tambien.

COSME. (Sorprendido.) ¡Ah!

pero... ¿á cuál quieres?

ENRIQ. No sé.

Á cualquiera, me es igual;

lo que yo quiero es casarme,

no me importa lo demas.

COSME. Pues, amigo, ya es preciso
que sigas todo mi plan. (Incomodado.)

ENRIQ. ¡Siga! (Con indiferencia.)

COSME. (Afirmativamente.) ¡Amas á la Condesa!

ENRIQ. ¡Bien!

COSME. Pero á ella nada más...

ENRIQ. Corriente...

COSME. Su pobre amiga

no está ahora para escuchar

amores...

ENRIQ. ¿Pero qué pasa,

que llora?...

COSME. ¡Una atrocidad!

Su tio, al morir, la hizo

donacion de su caudal,

creyendo que un hijo suyo

que se marchó á viajar,

habia muerto en América;

y hoy aquí, sin más ni más,

el hijo ha resucitado

exigiendo el capital.

ENRIQ. Por eso se desmayó...

y era aquel loco de atar

el primito...

COSME. Justamente...

ENRIQ. ¡Pobrecilla! y perderá

todo...

COSME. Sin recurso...

ENRIQ. ¡Diablo!...

pues ahora me gusta más

- que su amiga...
- COSME. (Incomodándose.) ¡Anda al infierno!...
- ENRIQ. No, tío, si es la verdad!...
- COSME. ¡Bonita boda estaria!...
- ENRIQ. ¡La mejor!
- COSME. ¿Vas á pensar?...
- ENRIQ. ¿Y por qué no?
- COSME. ¡Pobre!
- ENRIQ. Bueno,
yo soy rico...
- COSME. Sin un real...
iria en cueros...
- ENRIQ. Mejor...
- COSME. Hombre, no faltaba más.
(Con entereza.)
Basta de locuras; tú
te has comprometido ya
con la Condesa, y es fuerza
que no destruyas mi plan.
- ENRIQ. Adelante. (Con pesadumbre.)
- COSME. Cuando salgan,
no te duermas...
- ENRIQ. Bien está.
¿Pero adónde se va usted
tan aprisa?
- COSME. Á averiguar
noticias de ese hipopótamo
de primo ..
- ENRIQ. ¡Qué actividad!
- COSME. No; que haria lo que tú...
- ENRIQ. (Interrumpiéndole.)
Deje usted á cada cual
con sus manías, y adios...
- COSME. Él te dé el diario pan,
ya que tú no te le buscas...
- ENRIQ. Tío, no me ha de faltar
en tanto que no le busque;
si le busco, no vendrá.
(D. Cosme sale por el foro, echando una mirada de
lástima á D. Enrique. Éste le imita hasta que aquel
sale.)

ESCENA II.

D. ENRIQUE.

Yo conozco á más de mil (Con calma.)
que trabajan sin cesar
desde el día que nacieron
hasta la fecha en que están,
y no han podido tener
nunca ahorrado medio real.
Á otros, despues de treinta años
de fatigas y de afan,
cuando se aprestan con calma
á comerse su caudal,
se les llevan los demonios,
sin poderlo disfrutar,
pillando una pulmonía
al salir del Teatro Real.
Uno que empleó su vida
comerciendo por el mar,
ve deshecha su fortuna
en un naufragio fatal,
quedándose... como estuvo
en su juventud Adan.
Quiebra el banquero del otro,
y el pobre de más allá,
ferrocarril animado,
locomotora animal,
que no ha conocido el sueño
ni gozó tranquilidad,
siempre metido en empresas,
ya en Madrid, ya en Amsterdam,
emplea todos sus fondos
como operacion final,
en unas minas soberbias
con un filon singular.
¡Infeliz! al otro día
el filon no se ve más,
y se encuentra propietario,
desde aquí á la eternidad,
de mil carros de pedruscos...

¡espantoso mineral!
que ni para empedrar calles
hay quien le quiera comprar.
Pues si esto logra en el mundo
quien trabaja con afán,
¿por qué yo no he de tener
el consuelo de roncar?
Y si tengo lo bastante,
¿para que he de buscar más,
exponiéndome á perder
lo que yo no sé ganar?...
Nada, Enrique de mi vida,
la suerte es loca de atar...
Á quien madruga, le ayuda...
y á quien no madruga... ¡más!

ESCENA III.

DOLORES, ENRIQUE.

- DOL. (Por el foro incomodada.)
No hay medio de hablar con ella.
- ENRIQ. ¿Eh?... Dolorcitas... ¿qué ocurre?...
- DOL. Que todo el mundo me aburre...
- ENRIQ. ¿Alguna nueva querella?...
- DOL. Joaquina, que no me escucha,
que se opone á cuanto digo...
y que se enoja conmigo...
¡Es mucha cabeza!
- ENRIQ. ¡Es mucha!
- DOL. Empeñada en sostener
que en el caso en que me veo,
es imbécil mi deseo
y tonto mi parecer...
- ENRIQ. No es posible, Lola bella,
que usted piense una tontuna,
y si sin razon hay una,
de fijo debe ser ella.
- DOL. (Con ironía.) Mal juzga usted á su amada.
- ENRIQ. No me ciega el amor tonto
que crea opinion de santo
la que ella diga obcecada...

- Tiene talento, belleza,
buen corazon atesora;
pero su juicio, señora,
no tiene piés ni cabeza.
- DOL. Juzgue usted. Yo tuve un tío
que su voluntad postrera...
- ENRIQ. La nombró á usted heredera...
(Interrumpiéndola.)
justo... me lo ha dicho el mio.
Sé tambien que hoy casualmente
un primo ha resucitado
que usted creia enterrado
justa y legítimamente.
- DOL. Cierto, y Joaquin se empeña
en que no le pertenece
mi caudal, y está en sus trece
de que soy la única dueña.
Yo ignoro si esto es así;
mas no me avengo á su gusto,
porque fuera, Enrique, injusto
ese proceder en mí.
Si yo á mi tío heredé,
fué solo porque creyó
que su hijo falleció
en un naufragio; y yo sé
que á sospechar que vivia,
aunque algo á mí me dejara,
él la herencia disfrutara
cual yo la disfruto hoy dia.
En esta seguridad,
yo debo al punto ceder
cuanto tenga en mi poder
de sus bienes... ¿no es verdad?...
- ENRIQ. Triste es por cierto tal paso,
mas su pensamiento actual
es honroso y es legal.
La ley ha previsto el caso.
Hoy llega ese primo impío,
su persona identifica,
y el tribunal le adjudica
toda la herencia del tío.
Si él es hijo verdadero

del que testó en contra suya,
por más que Joaquina arguya,
el primero es el heredero.
DOL. El caso tiene otro mal,
y es que tan tarde ha venido,
que yo he comprado... vendido...
cercenado ese caudal...

Yo emplearle no queria;
pero Joaquina, en mi daño,
en mucho ménos de un año
de él ha gastado á porfia.
¿Qué es lo que yo voy á hacer
cuando le llegue á pedir?...
Como he de restituir

lo que le quede á deber?
ENRIQ. No queda usted en ridiculo
si de esa herencia ha gastado,
pues que usted la ha disfrutado
con derecho y justo título.

El se debe conformar
con lo que haya en su poder,
ó será su proceder
bien mezquino y singular.

Ademas, ¿quién asegura
que con alma atravesada
deje á su prima sin nada
para su suerte futura?

Si ese hombre tiene conciencia
y es un poco caballero,
que la ceda á usted espero
parte ó mitad de la herencia.

Si tiene temor de Dios
no habrá disgusto ninguno.
Lo que es mueho para uno
es bastante para dos.

DOL. ¡Oh! no, yo no quiero nada;
y aunque por puertas me quede...

ENRIQ. No tema usted, siempre puede
ser feliz la que es honrada.
Mucho seduce el dinero,
mas no hay que desesperar;
aun puede usted encontrar

(Aparece la Condesa por la puerta de la izquierda y se va acercando.)

un hombre noble y sincero,
que aunque la vea sin oro,
la diga alegre y ufano:
aquí tiene usted mi mano,
señorita... ¡yo la adoro!

(En este momento D. Enrique tiende su mano á Dolores. La Condesa, que ha oído la redondilla final, se ha acercado á los dos poniéndose detrás de ellos. Apenas deja de hablar D. Enrique, alza la mano y los bendice conforme marca el diálogo.)

ESCENA IV.

LA CONDESA, DOLORES, D. ENRIQUE.

COND. En nombre del Padre... ¡Bien!

ENRIQ. (Viéndola y riéndose.) ¡Bien!

COND. Y del Hijo... (Con gravedad.)

DOL. ¡Ah! tú entre tanto...

COND. Y del Espíritu Santo

os caso por siempre. Amén.

DOL. ¡Para tí nada hay formal!

COND. Pero ahora caigo, ¡traidor!

¿no me hacía usted el amor?...

DOL. Joaquina...

COND. ¡Tú mi rival!

(Con gravedad cómica.)

¿quién lo diría?...

DOL. (Turbada.) Te advierto

que aquí nada ha sucedido...

COND. ¡Pues! ¡conmigo tan dormido,

y contigo tan despierto!

DOL. Oye... no me hagas un cargo...

COND. (Riendo.) ¡Hareis muy buena pareja!

Él un huron... tú una oveja...

Vaya un par, que ni de encargo.

DOL. No quieres oír siquiera.

ENRIQ. Señora... Yo la decía

que nunca la faltaría

quien su mano le ofreciera...

- si sin herencia y caudal
ese primo la dejaba.
- COND. ¡Ah! ¿Usted como ella opinaba
en ese asunto?...
- DOL. (Con entereza.) ¡Sí tal!
- COND. Pues yo desde ahora sostengo,
y creo tener razon,
que á dicha restitution
ni me allano ni me avengo.
Si él pide, pleito: si exige,
pleito: si suspira y llora,
pleito: si te ama y te adora,
pleito y pleito. Ya lo dije:
si murió, cadáver es
y á su tumba debe irse.
Pues qué, ¿no hay más que morirse
y resucitar despues? (Muy enojada.)
- ENRIQ. El sabio rey don Alonso...
- COND. ¿Dice ese rey sin conciencia
(Interrumpiéndole.)
que haya que darle una herencia
en vez de darle un responso?
- DOL. Pero repara...
- COND. ¡Jamás!
- ENRIQ. Si todo lo echa usted á risa...
- COND. Le diremos una misa
y no puede pedir más.
- ENRIQ. Inútil el pleito es.
- COND. Yo tal opinion recuso.
- ENRIQ. Su derecho es inconcuso.
- COND. ¡Ya lo veremos despues!
Ademas, ¿quién asegura
que ese hombre el tal primo sea?...
Cuando lo pruebe y se vea...
- ENRIQ. Pero usted ¿qué se figura?
- COND. ¿Yo? que ese tuno ha usurpado
los papeles del difunto
y es un impostor. Al punto
pleito, en tal razon fundado.
¿Y crees?...
- DOL. ¡Es cosa hecha!
- COND. Don Cosme ha ido á averiguar...

- Búsquele usted sin tardar
y dígame esa sospecha.
- ENRIQ. Esperemos su venida.
- COND. No tal, conviene al instante
que sepamos...
- ENRIQ. No es bastante
una idea inadvertida...
- DOL. Me dice mi corazón
que es mi primo...
- COND. ¡Buena es esa!
Vamos, ¿á tí te interesa
hacer rico á ese bribon?
- DOL. Si él es mi primo, es forzoso.
- COND. Yo digo que no lo es;
¿no lo aciertas? ¿no lo ves
en su afán de ser tu esposo?
- ENRIQ. ¿Cómo? ¿la ama á usted? .. (Con interés.)
- DOL. (Turbada.) Lo ha dicho...
- ENRIQ. ¡Eso ya en historia pica!
- COND. ¡Claro! como que eres rica
le habrá dado ese capricho.
- ENRIQ. Pero si él mismo propone
el arreglo apetecido,
y usted ganando un marido
de su capital dispone,
¿cómo no acepta su amor?...
- DOL. Yo... no me quiero casar...
- COND. ¡Es empeño singular!
¿Quieres ser pobre? ¡Qué horror!
¡Es preferible el suicidio!
- DOL. De él muchos pobres se eximen...
- COND. No; la pobreza es un crimen (Con horror.)
más feo que el parricidio!
¿Quién á tí se ha de acercar?...
¿quién contigo se ha de unir?...
- ENRIQ. Te quedas para vestir
á la Virgen del Pilar.
- ENRIQ. Ya habrá algun hombre dispuesto
á casarse...
- COND. Será un zote,
que una doncella sin dote
es manjar muy indigesto.

- ENRIQ. Alguno habrá noble y fiel
que sin afición al oro
ávido busque un tesoro...
- COND. ¿Será usted ese doncel?
(Interrumpiéndole: con ironía.)
- ENRIQ. Usted no tiene derecho,
puesto que su amor me niega,
á juzgar adónde llega
la lealtad de mi pecho.
- COND. (Sonriendo.) Libre es usted de probar
esa nobleza á Dolores...
- DOL. Él ya tiene otros amores...
¡si con él te has de casar!
- COND. Pero yo su amor no quiero...
- DOL. Pero él el suyo te ofrece
y su cariño merece...
¿no lo espera usted? (Á D. Enrique.)
- ENRIQ. (Turbado.) Yo... espero...
(¡Vamos! me perdió mi tío
eligiendo á la Condesa.)
Mas si á usted mi amor le pesa...
(Á la Condesa.)
- COND. No he dicho tanto...
- DOL. (Esforzándose.) Yo fio
que ustedes se casarán...
- ENRIQ. (Desentendiéndose.) Pero es preciso saber
si ese hombre que quiere ser
su esposo, no es un truhan.
- DOL. Inútil es su proyecto;
yo no he de unirme con él...
- ENRIQ. No debe usted ser cruel
si es verdadero su afecto.
- COND. De todos modos conviene
averiguar de ese hombre
la posición: ver si el nombre
que lleva, es ó no el que tiene.
- ENRIQ. ¡Ciertos!...
- COND. Vaya usted ahora
y pregunte... busque... inquiera...
- ENRIQ. Sin embargo, yo quisiera...
mi tío este paso ignora...
- COND. Vaya usted...

- ENRIQ. Pero no creo...
COND. Infórmese usted...
ENRIQ. Con todo...
yo creo que el mejor modo...
COND. ¡Es andar!
ENRIQ. ¡Vaya un paseo!
COND. Vuelve usted aquí con su tío...
ENRIQ. No hay remedio... ¡qué calor!...
¡y qué sueño!... pues señor...
vamos andando. ¡Ay, Dios mío!
(Cuando se estava lebandando de la butaca, vuelve a caer en ella.)
COND. (Con desprecio.) ¡Eso de pereza pasa!
ENRIQ. Si ya estoy...
(Levantándose y dirigiéndose al foro.)
COND. ¡Este hombre es tonto!
ENRIQ. (Como no le encuentre pronto,
(Desde la puerta.)
voy á echar un sueño á casa.)
(Sale por el foro. Las dos quedan sentadas.)

ESCENA V.

CONDESA, DOLORES.

- DOL. ¡Cómo le tratas! (Mirando á Enrique irse.)
COND. ¿Te pesa?...
DOL. No creo justo tu encono.
Si él tiene el génio pesado
y le gusta vivir cómodo,
¿por qué has de obligarle siempre
á que te obedezca en todo?
COND. Si me ama segun dice,
y si anhela ser mi esposo,
necesario es que se adapte
á mi génio vivo y pronto.
DOL. ¿No dices que no le quieres?...
COND. ¿Te interesa mucho?
DOL. (Sonriendo tímidamente.) ¡Un poco!
COND. ¿Esas tenemós?...
DOL. No vayas
á interpretar...

- COND. Ya supongo...
- DOL. Haces mal en suponer
lo que á tí te diera enojos.
Él te ama, tú le escuchas,
quizás participes pronto
de su amor, y yo no debo,
Joaquina, ni en broma sólo,
aspirar al que tú elijas,
tal vez, para ser tu esposo.
Si algun interés le muestro
es disculpable á mis ojos:
tú le haces rabiarse, y yo
le compadezco; esto es todo.
- COND. ¿Y por qué entónces no admites
el amor brusco y fogoso
que te promete y te jura
ese primo del demonio?...
- DOL. ¡Jesus! ¡prefiero quedarme
pobre, á tener tal esposo!
- COND. Es jóven, buena figura...
muchu lengua, buenos ojos...
- DOL. ¿Te hace gracia?...
- COND. ¡Á mí muchísima!
- DOL. Á mí me asusta su rostro...
- COND. Si os casárais gozaríais
la herencia juntos. Es mozo
aún, y despues del lazo
ya se ablandaría un poco.
- DOL. El que tiene malas mañas...
- COND. El peor regido potro
al mandato de la brida
obedece tarde ó pronto.
Y al hombre de más caracter,
más altivo y más indómito,
le trueca en manso cordero
la brida del matrimonio.
- DOL. Puede ser, pero quisiera
hacer la prueba con otro...
- COND. Enrique... (Sonriéndose maliciosamente.)
- DOL. No digo tanto...
- COND. Cosme... (Como una idea repentina.)
- DOL. ¡No digo tan poco!

EDUAR. (En el foro.) ¡Señoras!
COND. (Con rapidez.) (¡Aquí está el primo!)
DOL. ¡Ay!
COND. (¡Serenidad y aplomo!)
(Ap. á Dolores.)

ESCENA VI.

LA CONDESA, DOLORES, D. EDUARDO. Se acerca á Dolores sin mirar á la Condesa, y la dice inclinándose.

EDUAR. Ha aumentado mis desgracias el susto que la causé. (Á Dolores.)
Estoy á los piés de usted.
¡Idem!
(Á la Condesa, volviendo apenas la cabeza, y casi con mal modo y peor humor.)

COND. (Imitándole.) Idem.

EDUAR. Gracias.

(Pausa. Viendo que se callan y que no le ofrecen silla, coge una, se sienta, y dando un golpe con ella en el suelo, dice.)

¡Gracias!

(¡La risita! esta mujer

(Viendo á la Condesa que se rie.)

va á acabar con mi paciencia!)

COND. (¡No hay más, es loco!) (Ap. á Dolores.)

DOL. (Id. á la Condesa.) ¡Prudencia!

EDUAR. (¡Secretos!... ¡cómo ha de ser!)

(Conteniéndose.)

Esta mañana fui brusco .. (Á Dolores.)

y es natural que me pese...

COND. No es malo que lo confiese...

EDUAR. ¡Su opinion de usted no busco! (Secamente.)

y por tanto la suplico

que sus risitas contenga,

y á oír y á callar se atenga...

COND. ¿Qué?...

EDUAR. (Brevemente) ¡Que cierre usted el pico!

COND. ¡Ay! ¡el pico!...

EDUAR. ¡Justamente!...

- COND. ¡Caballero, esta es mi casa,
y en ella sucede y pasa
lo que á mí me es conveniente.
Si usted habla de manera
que con mi paciencia acabe,
no extrañe que, sin ser ave,
abra el pico cuanto quiera!
- EDUAR. ¿Me culpará usted despues
si teniendo el genio vivo?...
- COND. (Interrumpiéndole.) Nadie tiene aquí motivo
de ser brusco y descortés.
- EDUAR. Yo no he querido faltar...
- COND. Está bien, y ya le escucho...
- EDUAR. Es que tengo que hablar mucho.
- COND. Ya puede usted empezar.
- EDUAR. Para no causar su risa
ni fatigar mi memoria,
no contaré de mi historia
más que la parte precisa.
Nací en Granada...
- COND. Bien; no
lo tome tan atrasado...
- EDUAR. Juntos nos hemos criado
esta señorita y yo.
Aun debe usted recordar
mi niñez inquieta y loca,
y mi voluntad de roca
y mi modo de pensar.
Á los quince años un día
con mi buen padre rifé
y de casa me escapé
sin oro, amparo ni guía.
- COND. ¡Muy bien! (Con ironía.)
- DOL. (Ap. á la Condesa.) ¡No le apures más!
- COND. Si usted se quedara allí...
- EDUAR. (Exasperado.) Si usted me interrumpe así
no voy á acabar jamás.
El tiempo corrió veloz,
y en un jabeque andaluz
de la Habana á Veracruz
sufrí un naufragio feroz.
Pasajeros iban treinta

y once la gente de mar:
solo yo puedo contar
la muerte de los cuarenta.
Perfectamente informados
y en sus costumbres metódicos,
publicaron los periódicos
los nombres de los ahogados.
¿Quién en desmentir se mete
tan exacta relacion?
En aquel escalafon
estaba yo el treinta y siete.
Escribió mi padre...

DOL. Es cierto.

EDUAR. ¿Y qué habian de decirle?
Yo no cuidé de escribirle
y el pobre me dió por muerto.
Llegó su hora postrera,
que apresuré por mi daño,
y nombró á usted, no lo extraño,
su universal heredera.

COND. Pues hizo perfectamente...

EDUAR. Yo no digo...

COND. No era justo
qué al darle tanto disgusto
viviera usted impunemente...

EDUAR. Señora... (impacientándose.)

COND. Y usted jamás

debe aspirar en su error...

EDUAR. (Desesperado.) Hágame usted el favor
de no interrumpirme más.

Pasan quince años eternos,
y de viajar rendido,
alegre y enriquecido

vuelvo á mis lares paternos.

Mi padre muerto: no acierta

mi mente á ver lo que pasa:

pretendo entrar en mi casa

y hallo cerrada la puerta.

Rezaré en su tumba fria,

digo, y el verla me es vedado,

y veo desesperado

que ya ni su tumba es mia.

Llego á Madrid é imagino
quitarle á usted esa herencia;
la suerte ó la Providencia
me la pone en mi camino.
La veo á usted y me agrada,
ya ni descanso ni vivo;
la amo, la busco, la escribo,
oculto mi nombre, ¡nada!
Desesperado me nombro,
y en esta en que estoy,
al saber usted quién soy,
se me desmaya de asombro.
Huyo. Juro tener calma,
volver tranquilo y galante, (Á Dolores.)
y aquí estoy tierno y amante
dándole á usted vida y alma.
La he pedido la merced
de que me escuche sumisa;
ha estado usted como en misa
y... estoy á los piés de usted. (Se levanta.)

DOL. y COND. ¡Já! ¡já! (Riéndose.)

COND. ¡Se va como un santo!

EDUAR. ¿Qué? (Volviendo la cabeza en el foro.)

COND. (Riendo.) ¿Dónde va usted ahora?

EDUAR. ¿Se puede saber, señora,

(Bajando al proscenio.)

por qué se ríe usted tanto?

COND. (Riendo.) Su salida inesperada...

EDUAR. Por esa risa fatal

vamos á acabar muy mal.

COND. (Séria.) Perdome mi carcajada.

DOL. Se ríe, porque creyó

que usted se marchaba así...

Vamos, si me busca á mí;

hable usted, que aquí estoy yo.

EDUAR. (Con gozo.) ¿Cómo? ¿Se habrá humanizado
ese semblante hechicero?

DOL. ¿Qué quiere usted?

EDUAR. (Con gozo.) Que qué quiero?

Amar á usted, ser amado.

Es mi fortuna cuantiosa,

soy cariñoso y constante,

- ya me verá usted amante
apenas sea mi esposa.
- DOL. Si usted se enfadara ménos... (Con timidez.)
- EDUAR. Hable usted, que yo me obligo...
- DOL. Yo le querré... como amigo
nada más...
- EDUAR. (Fuera de sí.) ¡Rayos y truenos!
- COND. ¡Caballero!
- EDUAR. ¿Eso es decir
que pierda toda esperanza?
- DOL. No inspira usted confianza
para esposo.
- EDUAR. (Con desprecio.) ¡Oh, qué fingir!
diga usted que al matrimonio
quiere llevar otro nombre,
y que hay en el mundo un hombre
más feliz, ¡voto al demonio!
- COND. Advierta usted...
- EDUAR. Calle usted...
Pero cuál es la razon
de tamaña obstinacion?
¡Quiero oirla!...
- DOL. (Con calma.) La diré:
su genio de usted es tal...
- COND. (Interrumpiendo.) Que no se puede sufrir.
- EDUAR. (Furioso.) Si usted me dejara oír...
- DOL. Es duro.. adusto...
- COND. (Interrumpiéndola.) ¡Infernal!
- EDUAR. Á usted no la importa nada...
yo su esposo no he de ser.
- COND. Antes me quisiera ver...
- EDUAR. Yo degollado. (Interrumpiéndola.)
- COND. ¡Yo ahogada!
- DOL. Natural es que me guste
si álguien su amor me promete
marido que me respete
y no esposo que me asuste.
- EDUAR. Esa no es una razon...
Yo seré dulce, cortés...
yo me enmendaré despues
de la santa bendicion
Usted en mí mandará

á su capricho y su agrado...
y al mirarme enamorado
tambien usted me amar.
Porque aunque soy incivil
y mi carácter da horror,
feras domestica amor
y ha domesticado  mil.
Y qué importa un genio fuerte
si el corazon es honrado?...
Eso mismo ha mejorado
del matrimonio la suerte.
Se rabia, se grita luégo,
se hacen las paces despues,
se vuelve á reñir al mes
con más calor y más fuego.
Vuelve otra vez la prudencia
tras otra riña empeñada,
y así se pasa variada
la monótona existencia.
Bonito cuadro!

COND.

DOU.

Ademas...

su rostro de usted...

EDUAR.

Soy feo?

Francamente, no lo creo;
pero eso no importa más.
Podrá no ser muy hermoso,
pero la dicha y la calma
las da la virtud del alma
y no un semblante precioso.
Se casan dos, pero al año
la ilusión ardiente cesa,
y el valor moral se pesa
con justicia y sin engaño.
Se acostumbra uno al semblante,
ya la fealdad no choca,
parece chica la boca
que se juzgó de elefante.
El tiempo es crisol: la lumbre
el matrimonio fabrica,
y el amor se purifica
al fuego de la costumbre.
La ilusion desaparece;

se evapora la belleza,
se consume la riqueza,
lo hermoso feo parece,
y al morir la juventud,
las gracias y el arbol,
quedan sólo en el crisol
el talento y la virtud.

COND. Á eso nada hay que decir,
y yo que tú me casaba...

EDUAR. ¡Bendita sea usted que acaba
de ayudarme á bien pedir!

DOL. Lo siento... pero no puedo...

EDUAR. ¿Nada basta?

DOL. ¡No!

EDUAR. ¡Alma dura!
¡entonces guerra!

DOL. ¡Procura
usted infundirme miedo?

EDUAR. ¡Es que agota mi paciencia!

DOL. ¿Qué podrá usted contra mí?
¿cuando yo le entregue aquí
sus títulos y su herencia?

COND. ¡Eso no!

EDUAR. ¿Por qué, señora?...

DOL. Tiene razon, y será...

COND. Yo me opongo y lo diré
un tribunal...

EDUAR. En buen hora?..
(Conteniéndose.) Pero usted me precipita,
y yo no quiero dinero,
ni herencia, ni... Lo que quiero
es su amor...

COND. ¡No necesita
de él mi amiga!

EDUAR. (Furioso.) ¿Pero usted,
quién es que en todo se mete?

COND. Quien hará que usted respete
(Seca y dignamente.)

á dos señoras...

EDUAR. (Turbado.) No sé...

COND. Yo si sé que usted usando
de modos inconvenientes,

quiere asustar á las gentes
con esas voces de mando.
Es mi pupila Dolores,
y tan libre es su albedrío,
que yo la someto al mío!

EDUAR.

Pero...

COND.

Basta de furoros!

y si acaso en alta mar
no se aprende cortesía,
ni ha encontrado usted hasta el día
señoras á quien tratar,
aprenda á que el corazón
de una jóven, si es honrada,
se conquista, ántes que nada,
con la buena educación!

EDUAR.

Eso es decir que yo he sido
grosero porque la amo,
y porque no la reclamo
lo que me ha pertenecido?

COND.

Falta saber todavía
si usted es el que asegura...

EDUAR.

¡Cómo!

COND.

Ó si alguna ímpostura...

DOL.

(Suplicante.) Joaquina...

EDUAR.

(Fuera de sí.)

¡Por vida mía!

COND.

¡Todo se puede esperar
de quien se propasa así!...

EDUAR.

¿Y ha pensado usted de mí?...

COND.

¡Que habrá pleito sin tardar!

EDUAR.

¡Guerra y pleitos hasta el fin!

DOL.

Yo tus razones no escucho...

EDUAR.

¡Y si usted me apura mucho,
va á haber la de San Quintín!

ESCENA VII.

LA CONDESA, DOLORES, D. EDUARDO, D. ENRIQUE y DON
COSME, estos dos por el foro.

COSME.

¿Qué pasa? (Al oír las voces.)

COND.

Este caballero,
que se permite tener

- modales...
- ENRIQ. Vamos á ver,
(Riendo y cogiendo una silla.)
yo tomo el palco primero! (Se sienta.)
- DOL. (Á D. Eduardo.)
Ruego á usted que por ahora
se modere y no pretenda...
- COND. ¡Sí, que se vaya y que aprenda
á tratar á una señora!
- ENRIQ. ¡Bien!
- COSME. Oiga usted la razon;
(Acercándose á D. Eduardo.)
sea dócil y sumiso..
- EDUAR. ¿Y á usted quién le dió permiso
para hablar en tal cuestion?...
- ENRIQ. ¡Anda!
- COSME. ¡Oiga!
- ENRIQ. ¡Á nadie respeta!
- COND. ¡Si es un loco!
- EDUAR. Si está loca...
- COSME. (Acercándosele.) Modere usted esa boca...
- EDUAR. Tenga usted. (Le da una tarjeta.)
- COSME. ¡Qué!
- EDUAR. ¡Mi tarjeta!
- COSME. Yo no lo he de visitar...
- ENRIQ. (Riendo.) ¡Tio! ¡si es un desafío!...
- EDUAR. ¡Eso es!
- ENRIQ. ¡Renuncie usted, tio,
que le va á usted á pinchar!
- EDUAR. (Á D. Enrique.) ¡Caballerito! Despues
nos entenderemos. ¡Vamos! (Á D. Cosme.)
- ENRIQ. (Levantándose.) Pero, señores, ¿estamos
en Madrid ó en Leganés?...
- DOL. Yo no quiero dar lugar...
Beso á usted la mano.
(Sale por la puerta de la izquierda, dejando estupe-
facto á D. Eduardo.)

ESCENA VIII.

DICHOS, menos DOLORES.

- EDUAR. (Viendo que se va.) ¿Cómo?...
¿y se va?...
- COSME. Su ejemplo tomo...
procure usted refrescar...
(Se va sonriendo por la izquierda, detrás de Dolores.)

ESCENA IX.

DICHOS, menos D. COSME.

- EDUAR. ¡Ese insulto!
(Va á dirigirse tras de D. Cosme, pero D. Enrique le detiene. Le habla con mucha calma. D. Eduardo está furioso.)
- ENRIQ. (Ofreciéndole la mano.) Amigo mío...
- EDUAR. ¿Qué es eso? (Volviéndose.)
- ENRIQ. (Saludando.) Tengo el honor...
cuente con un servidor...
- EDUAR. Pero...
- ENRIQ. (Muy grave.) ¡Me voy con mi tío!
- EDUAR. ¡Nadie me escucha! le ruego
que oiga y me dé la razon...
- ENRIQ. Sí tal... en otra ocasion...
Aliviarse, y hasta luego.
(Saluda con gravedad cómica, y se va por la izquierda. Quedan solos en la escena la Condesa, sentada, y D. Eduardo, paseándose furioso.)

ESCENA X.

La CONDESA, D. EDUARDO.

- EDUAR. ¿Es cierto lo que escucho? (Fuera da sí.)
¿es cierto lo que veo?...
¡á mí tanto desaire!
¡lo miro y no lo creo!

reniego del estúpido
ensueño que formé!

COND. (Yendo á él.) Usted la culpa tiene,
que usando malos modos,
pretende, sin razones,
hacer la guerra á todos.

EDUAR. Usted tiene la culpa...

COND. Usté.

EDUAR. Usté.

COND. Usté.

(Los dos se acercan y hablan á un tiempo sin escucharse el uno al otro, y empezando en voz baja para concluir á gritos.)

Y puesto que sin juicio,
con ese afán eterno,
hacer logró un infierno
del que era hoy un eden,
permítame el cielo justo,
si no ha de arrepentirse,
que vuelva usted á morir,
amen, amen, amen.

(Se va por la izquierda.)

EDUAR. Y puesto que usted ha sido
la que ha desbaratado
el sueño más dorado
de mi encantado eden,
Dios quiera que se caigan
sus dientes y sus muelas,
y que la den viruelas,
amen, amen, amen.

(Se va por el foro. Deben acabar de hablar los dos á un mismo tiempo, de modo que oiga el público distintamente el último verso de sus dos recíprocas octavas, *amen, amen, amen*, que es igual en ambas. En el acto que le pronuncian, en el colmo de su ira, los dos se separan, marchándose con rapidez por las dos distintas direcciones marcadas. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

La CONDESA, DOLORES. D. ENRIQUE, aparecen sentados continuando una conversacion.

- DOL. Y situacion tan ridicula
es forzoso que se acabe.
- COND. ¿Es posible que haya arreglo
con un ente semejante?
- ENRIQ. Pero si usted le exaspera
en vez de domesticarle,
si usted lleva á sangre y fuego
sus opiniones ¡qué diantre!
¿cómo espera una avenencia
conociendo su carácter?...
- COND. Si usted es como Dolores (Con ironia.)
encogido y pusilánime,
y si corre por sus venas
horchata en lugar de sangre,
¿es justo que me someta
á entrambas capacidades?...
¿No han de dar por resultado
con su juicio extravagante
la miseria de Dolores

- y el provecho de ese cafe?...
ENRIQ. Pues yo me lavo las manos
como Pilatos...
- COND. (Con burla.) No es fácil,
como no le den el agua
y tenga que levantarse.
- ENRIQ. Ya empezamos?...
- COND. (Á Dolores.) Te parece
digno de un hombre galante,
que al mirar á dos señoras
en un empeño tan grave
no encuentre medio; no ponga
cosa alguna de su parte;
no busque á ese hombre y le obligue
á renunciar á sus planes?
- ENRIQ. (Á Dolores.) Esta señora querría
que á mi genio renunciase,
que con ese hombre riñera
hasta dejarle cadáver.
Yo no tengo inconveniente,
porque nunca fui cobarde,
y si á nadie digo insultos
no los tolero de nadie.
Pero y si ese hombre me pincha,
cosa que creo muy fácil,
¿qué habrá usted ganado en ello?
que él opinará como ántes,
y ó habrán perdido un amigo
de resultas de tal lance,
ó le tendrán más pesado
al vivir con ménos sangre.
- DOL. (Vivamente.) ¡Oh! yo no quiero exponerle
á tanto peligro en balde.
Mi resolución tomada
es forzosa é invariable.
- COND. Pero ¿por qué no te casas?
Acepta sus homenajes,
llámate su esposa, y luego,
si no enmienda su carácter,
déjale que rabie solo
y sé libre como el aire.
- ENRIQ. (Vivamente.) No oiga usted ese consejo

si no quiere vivir mártir!
¡Fuera justo y bien pensado
que usted hoy sacrificase
su juventud, su albedrío,
con decision pusilánime,
á un hombre que usted no quiere
jurando fe en los altares,
por el interés mezquino
y el dinero miserable?...

No; Dolores: la pobreza (Con gravedad.)
es un bienestar más grande,
con la virtud y el cariño,
que la opulencia y sus gajes.
Casada usted con ese hombre
ó fuera infeliz ó infame;
evite usted para siempre
un dilema semejante.

DOL. ¡Tiene usted razon!

COND. (Admirada.) Jamás

le he visto tan razonable,
ni habló tanto y tan de prisa,
ni por nada ni por nadie.

ENRIQ. (Con decision.) Prefiero hablar yo á su primo.

DOL. ¡Oh, no! (Vivamente.)

COND. ¡Decision loable!

ENRIQ. (Á Dolores.)

No tema usted, hoy me encuentro
ménos dormido y más ágil.
Yo arreglaré este negocio.

DOL. (Con temor.) Pero júreme usted ántes
que no apelará á las armas.

COND. ¡Descuida! (Con sonrisa burlona.)

ENRIQ. Ya oye usté. Es fácil

que todo en paz se termine.

DOL. Mas para mí no es bastante.

(Se queda pensativa.)

COND. ¡Gracias á Dios que consigues

de Enrique, que se levante

sin que nadie se lo diga

de la butaca en que yace!

¿Y usted, promete?... (Sonriendo.)

ENRIQ. (Con gravedad.) Prometo

- que hoy, en esta misma tarde,
quedará todo arreglado.
(De repente.) ¡Adónde está ese salvaje?
- COND. Por el jardín con don Cosme
hace rato paseándose.
- ENRIQ. Pues bien, yo saldré á su encuentro...
- DOL. Pero...
- COND. (Interrumpiéndola.) Déjale: si lo hace
cual dice, Dios se lo premie,
y si no, se lo demande.
- ENRIQ. Déjenme ustedes...
- COND. (Dirigiéndose á la izquierda.) Estamos
en el salon esperándole.
Vamos.
(Á Dolores. Esta la sigue y de pronto se para y baja
rápidamente al proscenio, diciendo aparte y con emo-
cion visible á D. Enrique lo que marca el diálogo.)
- DOL. Voy. (Baja.) ¿Usted me jura (Á Enrique.)
no batirse?
- ENRIQ. (Turbado.) Yo...
- DOL. (Vivamente.) Sin frases,
¿sí ó no?
- ENRIQ. ¡Lo juro!
- DOL. (Con efusion.) ¡Gracias!
- ENRIQ. (¡Ay, ¡tío, tío!) (Mirándola.)
- COND. (Volviendo la cabeza.) ¿Qué haces?
(Dolores se reúne á ella y las dos se van por la se-
gunda puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

ENRIQUE solo.

Yo no sé lo que me pasa,
(Mirando á Dolores.)
pero siento en este instante
dentro de mí un movimiento
tan raro é inexplicable, (se pasea.)
que hace á mis piés más ligeros
y á mi corazon más grande. (Pausa.)

Yo prometí ver al primo...
y... ¿cómo voy á abordarle?...
y ¿cómo no he de batirme
si él se propasa á insultarme?
Si mi tío le convence...
me evita á mí... mas no es dable
que él se someta á don Cosme. (Pausa.)
Cuando ella estaba delante
sentía yo un ardimiento
capaz... pero mi carácter,
ahora que estoy solo, vuelve
á encogerse y á mostrarse. (Se sienta.)
Yo nunca me he incomodado
y ese hombre va á incomodarme:
yo, pacífico extremeño,
de instintos patriarcales,
voy á luchar con un hombre
cosmopolita-salvaje.
Y todo sin esperanza
de que logren mis afanes
ver á Dolores contenta
y á mí... ¡Mi tío es un cafre! (De repente.)
¿Por qué eligió á la Condesa
y no?...
(Aparecen en el foro disputando D. Eduardo y Don
Cosme. Los ve D. Enrique y dice.)
¡Ya llegó el instante!
¡arriba, piernas, arriba!
(Va á levantarse y se sienta otra vez cómodamente.)
Le hablaré sentado.

ESCENA III.

D. ENRIQUE, D. EDUARDO y D. COSME por el foro. Hablan desde ántes de llegar al proscenio. D. Enrique permanece quieto.

- EDUAR. (De mal humor.) ¡Dale!
no quiero hablar ya más de eso. (Se pasea.)
ENRIQ. ¡Caballero! (Saludándole sentado.)
EDUAR. (Sin dejar de pasear.) ¡Dios le guarde!
COSME. ¡Sobrino! (Baja á su lado.)
ENRIQ. ¡Tío!

- (Con fingida alegría. Le hace con la mano señas para que se vaya. D. Cosme no las entiende.)
- COSME. (Mirándole fijamente.) ¿Qué dices?
- ENRIQ. (En voz baja.) (Que se largue usted á escape.)
- COSME. (Es que le estoy convenciendo...)
- (Tambien aparte. D. Eduardo se para de pronto al ver que hablan en secreto y da señales de impaciencia.)
- ENRIQ. (No importa, tengo que hablarle.)
- COSME. (¿Tú?) (Con extrañeza.)
- ENRIQ. (¡Yo!) (Imitando su voz.)
- COSME. (Pero...) (Sin comprender.)
- ENRIQ. (Con decision.) (Ella lo quiere...)
- COSME. (¿La Condesa?)
- ENRIQ. (Con burla.) (Sí.)
- EDUAR. (Tambien ap.) (¡Esto es grande!)
- Señores, esos secretos
(En voz alta y con mal modo.)
no serán tan importantes;
y es grosería marcada
habiendo gente delante
hablar bajo y al oído...
- ENRIQ. (Se levanta y dice ap. con rapidez)
- (En usted pende que acaben.)
- EDUAR. (¿Cómo?) (Sin comprenderle.)
- ENRIQ. (Ruegue usted á mi tío
que nos deje.)
- EDUAR. (En este instante.)
- (Se vuelve y habla á D. Cosme con descaro.)
- Estorba usted.
- COSME. (Aturdido) ¿Qué?
- EDUAR. (En voz más alta.) Que estorba.
- COSME. (¡Qué bárbaro!) Hasta más tarde...
- (¡Buena suerte!) (Ap. á Enrique sonriendo.)
- ENRIQ. (En voz alta.) En el salon
esperan.
- COSME. (Yéndose.) (Será buen lance (Ap.)
el que va á echar mi sobrino.
¡Oh!... ¡Plis!... ¡Bonito contraste!)
- (Imita en las dos exclamaciones los modales de ambos,
y se va por la puerta del foro, riéndose, despues de
verlos otra vez desde la puerta. D. Eduardo está im-
paciente hasta que sale.)

ESCENA IV.

D. ENRIQUE, D. EDUARDO.

- EDUAR. Ya estamos solos y espero...
ENRIQ. Con permiso. (Sentándose.)
EDUAR. (Con indiferencia.) ¡Bien!
ENRIQ. (Invitándole á que se siente.) ¿Y usted?
EDUAR. Gracias; le escucho de pie.
Puede empezar.
ENRIQ. (Después de una pausa en que se suena, tose y se sienta mejor.)

Caballero,
usted no debe extrañar
que al conocer la cuestion
causa de esta disension,
le pretenda de ella hablar.
Soy amigo de su prima
hace tiempo.

- EDUAR. (Impaciente.) ¡Al grano, al grano!
ENRIQ. Y apelar no creo en vano
á usted, puesto que la estima.
EDUAR. (Vivamente.) No, diga usted que la adoro.
ENRIQ. (Con calma.) Yo respeto su opinion.
EDUAR. En confesar mi pasion
no hay infamia ni desdoro.
ENRIQ. Entónces puedo mejor
esperar un resultado
satisfactorio, si al lado
del deber está el amor.
Todos aquí, ménos ella
y yo, que conozco el hecho,
le niegan á usted el derecho,
causa de tanta querella.
Si la Condesa y mi tio
niegan que es de usted esa herencia,
es por una inadvertencia
nada más...
EDUAR. (Interrumpiéndole y queriendo abrazarle.)

- ¡Amigo mio!
¡Gracias á Dios que hay alguno
que me ha dado la razon!...
- ENRIQ. Y en esta rara cuestion
no hay más fácil medio que uno.
Un pleito fuera otro mal
y su prima no lo ignora:
así es usted desde ahora
el dueño de ese caudal.
- EDUAR. ¡Cómo! (Sorprendido.)
- ENRIQ. (Continuando.) Porque haya avenencia
hoy mismo, ese es su deber, (Con gravedad.)
tendrá usted en su poder
los títulos de la herencia.
- EDUAR. (Con ira.) Pero... ¿desprecia mi mano?
- ENRIQ. Cierto. (Con indiferencia.)
- EDUAR. (Furioso.) ¿Mi amor no la agrada?
- ENRIQ. Parece que no.
- EDUAR. (Fuera de sí.) ¡Ah! ¡táimada!
- ENRIQ. Advierta usted... (Con aplomo.)
- EDUAR. (Interrumpiéndole.) ¡Oh villano!
(Con furor.) ¿Acaso usted se figura
que yo busco su dinero,
y que al adorarla quiero
su hacienda y no su hermosura?
¿Qué me importa un capital
cuando yo soy millonario?
¡Lo que á mí me es necesario
es su amor, no su caudal!
¡Rayos y condenacion! (Ciego de ira.)
- ENRIQ. (Con calma.) Hombre, tenga usted prudencia.
Dueño es usted de su herencia,
mas no de su corazon.
- EDUAR. ¿Quién me la ha de disputar?
- ENRIQ. Quien tenga mayor derecho
hará lo que usted ha hecho
con su oro. ¡Es singular
lo que quiere! Por mi fe,
¿no usa de su albedrío?
¿ó acaso la dejó el tío
el corazon para usted?...
- EDUAR. ¡Hoy con su desden me abisma

- á mí... que tanto la adoro!
- ENRIQ. Usted es dueño de su oro
y ella es dueña de sí misma.
- EDUAR. Que no abrigue esa esperanza:
(Fuera de sí.) si tiene otro amor profundo
yo haré conocer al mundo
el furor de mi venganza!
- ENRIQ. (Gravemente.) ¿Cómo?
- EDUAR. Ese hombre la querrá
por lo bella y por lo rica.
Veremos cómo se explica
al mirarla pobre ya.
- ENRIQ. Ese hombre, si existe acaso,
la querrá por buena y bella,
y será más feliz ella
si su amante da tal paso.
- EDUAR. ¡Ah, imbécil! ¡claro lo veo!
Usted es el preferido! (Lleno de cólera.)
- ENRIQ. No tal. (Con calma.)
- EDUAR. Por eso ha venido
á cumplir con su deseo.
- ENRIQ. Digo á usted...
- EDUAR. (Interrumpiéndole.) ¿Á qué mentir?
- ENRIQ. Repare usted... (Amostazándose.)
- EDUAR. (Sin oírle.) ¡Nada advierto!
- ENRIQ. (Con calma.) ¡Hombre! pero si no es cierto.
- EDUAR. ¡Inútil es ya fingir!
¡Yo la adoro! Usted la quiere...
salgamos al campo.
- ENRIQ. ¡Adios!
- EDUAR. Y allí podremos los dos
convencernos...
- ENRIQ. (Interrumpiéndole.) (De quién muere?...
(Con calma.) Si lo que usted dice es cierto
y acabamos la querrela,
¿ha de preferirle ella
después que usted me haya muerto?
Y si le llego á matar,
aunque con pesar profundo,
¿vendrá usted del otro mundo
para llevarla al altar?
- EDUAR. ¡Salgamos!

- ENRIQ. (¡Me va á tener
por un cabarde, y lo siento;
pero la hice un juramento!...)
- EDUAR. ¿Usted no quiere? (Dirigiéndose á él.)
- ENRIQ. (Con indiferencia.) Querer...
- EDUAR. No será usted tan cobarde, (Cerca de él.)
ya que con su amor se ufana...
- ENRIQ. (Conteniéndose despues de hacer un esfuerzo.)
Hombre, yo no tengo gana
de ir al campo por la tarde.
- EDUAR. Entónces yo la diré
que no será su marido
el que un ultraje ha sufrido
tan sangriento. ¡Salga usted!
- ENRIQ. Tenga usted el alma más tierna:
¿qué producirá el bromazo
si yo le rompo á usted un brazo
ó usted me aplasta una pierna?
- EDUAR. Usted no sale? (Perdiendo la calma.)
- ENRIQ. (Con sorna.) ¡Jamás!
- EDUAR. ¿No se execra usted á sí mismo?
- ENRIQ. Yo recuerdo el catecismo.
El quinto no matarás.
- EDUAR. ¡Usted es un vil!
- ENRIQ. (Impaciente.) ¡Y usted un loco!
- EDUAR. ¡Un bribon!
- ENRIQ. ¡Y yo le escucho!
- EDUAR. ¡Un reptil!...
- ENRIQ. (Levantándose.) ¡Esto ya es mucho!
- EDUAR. ¡Un cobarde! (Fuera de sí, amenazándole.)
- ENRIQ. (Exasperado ya, le detiene el brazo.)
¡Poco á poco!
¡Ya no hay paciencia bastante!
¡Es usted el primer hombre
que me ha lanzado ese nombre
encendiendo mi semblante!
Al traste doy con mi calma,
y aunque lo siento infinito,
así poquito á poquito
voy á romperle á usted el alma.
Usted gusta de rencillas
y me insulta sin reparo;

- le va á costar á usted caro
sacarme de mis casillas.
- EDUAR. Es usted el hombre más frío
que he encontrado en este mundo.
- ENRIQ. ¡Y usted es más iracundo,
rascarabias y bravío!
- EDUAR. (Furioso.) ¡Beber su sangre me alegra
y perdono este disgusto!
- ENRIQ. ¡No tendré yo tan mal gusto
segun debe estar de negra!...
- EDUAR. Venga usted. (Furioso.)
- ENRIQ. Me da usted risa.
- EDUAR. Vamos juntos, caballero...
- ENRIQ. Mi sombrero... (Buscándole.)
- EDUAR. (Coge uno y se le da.) Su sombrero.
- ENRIQ. ¡Más despacio!...
- EDUAR. Mas aprisa...

(Cambian los sombreros al cogerlos y Enrique se pone el de Eduardo, y Eduardo el de Enrique. Como el uno estará chico y el otro grande hacen esfuerzos por colocarlos bien. Se dan el brazo, y D. Eduardo se lleva casi á remolque á Enrique. Al dar vuelta á la escena para salir por el foro, la Condesa aparece por la puerta izquierda, y al ver la facha de ambos rie á carcajadas. Los dos se paran.)

ESCENA V.

La CONDESA, EDUARDO, ENRIQUE.

- COND. ¡Já! ¡já! si álguien los encuentra...
- ENRIQ. ¡Qué cuadro, mil duros vale!
Este sombrero no sale...
(Procurando sacarse el sombrero que se le habrá metido hasta los ojos.)
- EDUAR. ¡Este sombrero no entra!
(Dándole un golpe en la copa para que entre. Los dos los tiran despues de este juego.)
- COND. (Á Enrique.) ¡Usted de alma tan serena
se apresta á andar y á correr!...
- ENRIQ. ¡Este hombre es capaz de hacer

- de un corderillo una hiena!
- EDUAR. ¡Salgamos!
- COND. (Deteniéndolos.) No lo consiento.
- ENRIQ. ¡Me ha insultado!
- EDUAR. ¡Es un cobarde!
- COND. Eso se verá más tarde,
Tengo que hablarle al momento.
- EDUAR. ¿Será otro nuevo embolismo?
- COND. ¿Será mi última sesión!...
- EDUAR. Pues con esa condicion
escucho. Salgo ahora mismo. (Á Enrique.)
- ENRIQ. Espero. (Dirigiéndose al foro.)
- EDUAR. Tardaré poco,
y culpe usted á esta señora
que se ha presentado ahora
á incomodarnos!
- ENRIQ. (Riéndose ya.) ¡Es loco!
Me voy y aguardo...
- EDUAR. (Amostazado.) Ya he oído...
- ENRIQ. Que no tarde...
- EDUAR. ¿Es usted tonto?
- ENRIQ. Es que si no sale pronto
tal vez me encuentre dormido!
(Sale por el foro muy despacio.)

ESCENA VI.

CONDESA y D. EDUARDO.

- COND. Vamos á ver, ¿es posible
que usted aun no se conozca?
¿que no modere ese genio,
y que indómito...
- EDUAR. Señora...
- COND. Apelo á usted mismo. Vamos,
contésteme.
- EDUAR. (Sin comprender.) Yo.
- COND. Sin prosa.
¿Es usted amable?
- EDUAR. (Turbado.) Eso...!
- COND. ¿Es usted cortés?
- EDUAR. (Sin querer contestar.) ¿Qué importa?

COND. ¿Atento... bien educado...
prudente?... ¡No!

EDUAR. (Con ironía.) ¡Usted me elogia!

COND. Le hago á usted justicia; ya
sabe que también soy hosca,
y que sé que en una riña
vence quien más alborota.
Pero hoy por última vez
quiero que usted reconozca
sus defectos, y se haga
juez de su misma persona.

¿Qué ha hecho usted para alcanzar
el amor de la que adora,
el bien que usted mismo dice
necesita y ambiciona?

¿Ser imperioso, exigente,
faltarla como señora,
no quererla como prima
y asustarla como novia!

¿Qué quiere alcanzar de nadie
ni qué esperanzas se forja,
el que amenazando pide
y maldiciendo enamora?

¿Á quién concede usted mismo
un favor... una limosna...
al que imperioso la exige
ó al que llorando la implora?

EDUAR. Yo... (Turbado.)

COND. Pues si un favor pequeño
se da á quien mejor se porta.
¿deberá el corazón darse
á una petición forzosa?

EDUAR. Cierto que... pero la culpa
es de... (Sin saber lo que decir.)

COND. La tiene usted toda.

Ni el cariño se concede
ni la voluntad se otorga,
sino al que amante la pide
ó afectuoso la ambiciona.

Si usted vive enamorado
aprenda estos dos axiomas,
desden con desden se paga,

- amor con amor se logra.
- EDUAR. Yo reconozco, eso es cierto,
que mi genio es una pólvora,
que mi carácter es brusco
y mi voluntad indómita;
pero si amo y me desprecian,
si alboroto y me alborotan,
si riño y me contrarian,
si solícito y me enojan
¿qué he de hacer?
- COND. Lo que usted guste,
que es dueño de su persona.
Pero permita á una amiga
que hoy se la eche de doctora,
y le anuncie de su vida
la poco agradable historia.
Perderá usted el afecto
de todos los que aquí moran,
y lo que es más, el de todos
aquellos que le conozcan.
Llegará usted á la edad
más abandonada y soñá
sin amigos que le quieran,
sin padres, hijos ni esposa.
Hasta sus mismos criados
querrán huir de su sombra,
y aislado y solo, debiéndolo
á su genio y á su cólera,
morirá usted incrustado
en sus riquezas cuantiosas,
estériles casi siempre
á aquel que las amontona.
No podrá causar su muerte
ni una lágrima amorosa,
que el hombre que nada siembra
justo es que nada recoja.
- EDUAR. No es muy halagüeño el cuadro
que usted me pinta, señora, (Con ironía.)
y exagerado le juzgo
segun sale de su boca.
Soy rico; y el que en el mundo
mis caudales atesora,

- tiene amigos que le quieren
y mujeres que le adoran.
- COND. No lo dudo; hay muchos hombres
que venderán su persona,
su inteligencia, su aliento, (Con gravedad.)
y su tumba y su memoria.
Mujeres hay en el siglo,
por desgracia no muy pocas,
que consagran al dinero
sus palabras y sus obras,
cambiando por plata á veces
todo el oro de su honra.
Pero las almas que saben
lo que valen en sí propias,
los hombres que son honrados,
las mujeres que hay virtuosas,
quieren de balde, y no en balde,
y espontáneamente logran.
Comprará usted la belleza,
la ficcion y la lisonja,
pero el amor verdadero,
la virtud, del mundo gloria,
y el primer beso de un hijo...
¡ni se venden ni se compran!
- EDUAR. (Avergonza lo.) Tiene usted razon, Condesa,
y tiene la culpa toda
este rebelde carácter
que mis cálculos destroza.
Yo juro á usted enmendarme...
- COND. (Interrumpiéndole.)
La enmienda es difícil cosa;
(Sonriendo.) todos aman sus defectos,
aunque á veces los deploran,
pero es siempre la costumbre
enemiga peligrosa.
- EDUAR. Yo la prometo...
(Elevándose la mano al pecho)
- COND. (Sonriendo.) ¡Probemos!
Esa pendencia...
- EDUAR. (Haciendo un esfuerzo)
Está rota:
daré á ese hombre mis disculpas...

- COND. ¡Muy bien!
- EDUAR. (Bruscamente.) ¡Mas si no las toma!...
- COND. Las tomará. ¿Usted me jura que oirá á su prima?...
- EDUAR. (Sin dejarla acabar.) ¡Oh! sí; ahora...
- COND. (Con intencion.) ¡Sin incomodarse!
- EDUAR. (Reflexionando.) Eso...
- COND. ¿Y la enmienda? (Sonriendo.)
- EDUAR. (Convencido.) Usted disponga de mí á su antojo: aunque es cierto que mi genio se desborda, tengo buen fondo; y si nadie me pincha ni me incomoda, (Bruscamente.) si usted de mí no se rie, si ella de mí no se mofa... seré dócil... y...
- COND. ¡Esa mano! (Tendiéndole la suya.) Con la intencion basta y sobra. El hombre todo lo puede si su voluntad le apoya. ¡Valor!—Deme usted el brazo... (Se le da Eduardo.) y no con sus bruscas formas oculte usted por más tiempo el corazon que le adorna.
- EDUAR. Es usté un ángel, y yo soy un incivil.
- COND. (Sonriendo.) No ahora, (¡Si domestico á esta fiera, deben darme una corona!) (Este aparte le dice mientras los dos del brazo se van por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

D. ENRIQUE, D. COSME, que entran por el foro. El segundo obligando á entrar al primero.

- COSME. Pero ven...
- ENRIQ. (Resistiéndose.) ¡No puede ser! (De pronto ve que no hay nadie y entra.)

- ¡Calla! ¿qué es esto? ¿no están?
(Registra la escena y mira por la puerta.)
- COSME. ¿Qué buscas con tanto afán?...
- ENRIQ. ¡Un hombre y una mujer!
- COSME. ¿Pero qué hacías sentado?...
- ENRIQ. ¡Inventando una estocada
que le parta una quijada
á ese primo desalmado!
- COSME. (Admirado.) ¡Tú en pendencia y desafío!
¡tú tan defensor del ocio
empeñado en un negocio
que no es tuyo!...
- ENRIQ. (Dándole una palmada.) ¡Ay, tío! ¡tío!
- COSME. Si tienes otros amores
como lo pruebas tus hechos,
¿por qué tomas tan á pecho
la desgracia de Dolores?...
- ENRIQ. (Con sorna.) ¡Pues ahí verá usted el caso!
- COSME. ¿Lo ha mandado la Condesa?...
- ENRIQ. Si fuera suya esta empresa
yo no hubiera dado un paso.
Pero ¿es justo tolerar
que ese insociable pariente
pretenda forzosamente
hacerse de Lola amar?...
- Bástele cobrar su herencia...
¡Oh! si el tal no se reporta...
- COSME. Pero ¿y á tí qué te importa?...
- ENRIQ. ¡Yo... protejo la inocencia!
- COSME. ¡Tú activo! ¡tú pendenciero!
(Admirándose cada vez mas.)
¡tú de pie!... ¡qué es esto, Enrique?...
- ENRIQ. Como usted no se lo explique
yo explicárselo no quiero...
- COSME. ¡Nunca comprender podré
este cambio inesperado!
- ENRIQ. (Con énfasis.) ¡Usted me ha hecho desgraciado!
- COSME. ¡Hombre?... ¡YO! (Sin comprenderle.)
- ENRIQ. (Vivamente.) ¡Cállese usted!
(Sale Dolores por la primera puerta de la izquierda.
Se dirige inmediatamente al lado de Enrique. Don
Cosme los observa atentamente.)

ESCENA VIII.

D. ENRIQUE, D. COSME, DOLORES.

- DOL. He visto entrar á Joaquina,
y ántes de hablarla quisiera...
- COSME. (¿Qué es esto?...) (Con malicia.)
- DOL. (Á Enrique.) Que me dijera
usted...
- ENRIQ. (¡Cómo la examina!)
(Notando la atencion con que D. Cosme observa á
Dolores.)
(Alto.) ¡Nada de particular!
¡Que renunciará al empeño
de ser de esa mano dueño
y se volverá á marchar!
- DOL. ¿Pero... de grado? (Con intencion.)
- ENRIQ. (Eludiendo contestar.) Si...
- DOL. (Mirándole fijamente.) ¡No;
usted me engaña!
- ENRIQ. He hablado...
- DOL. Pero es que usted me ha jurado
no batirse.
- ENRIQ. (Turbado.) Cierto... yo...
- DOL. No olvide usted que yo puedo
reclamarle su promesa.
- ENRIQ. Si su voluntad es esa
va á creer que tengo miedo.
- DOL. Don Cosme, ¿no es cierto?
(Volviéndose á él.)
- COSME. (Acercándose.) ¿Qué?
- DOL. Que Enrique no...
- COSME. (Dándose una palmada.) (¡Entiendo ya!)
(Alto.) ¡Oigo!
- DOL. ¿No se batirá?
- COSME. Y yo se lo impediré:
mas lo que usted no consiga...
(Con intencion.)
- DOL. Si usted apela á ese medio,
podrá causar sin remedio...
(Conteniéndose)

- un gran pesar á mi amiga. (Baja los ojos.)
ENRIQ. (¡Tio!) (Ap. mirando á D. Cosme.)
COSME. (¡Sobrino... ya estoy!)
Yo me he informado, y es cierto (Á Dolores.)
que ese hombre es el mismo muerto
que ha resucitado hoy.
He visto cartas ahora
y documentos que omito:
no hay remedio, es el primito
en carne y hueso, señora.
DOL. Pues bien, tome su dinero,
y deje en paz mi existencia.
COSME. Mas si cediese la herencia...
¿Para qué?... yo no la quiero.
Aunque entre escaseces viva,
tendré para mí bastante...
ENRIQ. (Ap. á D. Cosme.)
(¡No ve usted en su semblante
toda la arrogancia altiva
de una bella hija del Dauro?...)
COSME. (Si; su destino es impío,
pero á nosotros...)
ENRIQ. (Interrumpiéndole.) (¡Ay, tio!
¡es usted un hipocentauro!)
(Se retira y se sienta en una butaca. Dolores se ha-
brá colocado en otra al otro lado. D. Cosme queda
de pie, un poco retirado.)

ESCENA XI.

ENRIQUE, DOLORES, D. COSME, la CONDESA, D. EDUARDO,
que entran por la izquierda.

- COND. Aquí están todos... (Á D. Eduardo.)
EDUAR. Mejor;
así acabaremos pronto.
COSME. (Después de mirar atentamente á Enrique.)
(¡Vamos, que se ha vuelto tonto!)
COND. (¡Juicio!) (Ap. á Eduardo.)
EDUAR. (¡Palabra de honor!)
(Ap. á la Condesa. Pausa. Mira á todos, y vien-

do que nadie le mira, empieza á impacientarse.)

(Alto á la Condesa.)

Poco agradable es sin duda
mi presencia en esta sala, (Con ironía.)
y mi acogida es bien mala
aunque usted en ella me escuda.

(Con rabia.) Mi prima vuelve los ojos,
y eso que son hechiceros...

DOL. ¡Gracias! (Sonriendo con amargura.)

EDUAR. (Con furor.) Y estos caballeros
aumentan más mis enojos.

(Va á dirigirse á ellos y la Condesa le detiene.)

COND. ¡Vaya una enmienda!

EDUAR. (Conteniéndose.) ¡Es verdad!

COND. (Ap. á Eduardo.)

(¿No me ha prometido usted
disculparse con...) (Señalando á Enrique.)

EDUAR. (Ap. á la Condesa.) Si á fe.

¡mas fué una barbaridad!... (Fuera de sí.)

COND. (Entonces...) (Queriendo retirarse.)

EDUAR. Haciendo un esfuerzo.)

¡Ea, valor!

(Se dirige á D. Enrique y le habla, conociéndose el
trabajo que le cuesta dominar su cólera.)

Caballero... no he tenido...

ganas de haberle ofendido...

y... mirándolo mejor...

le... (¡reniego!...) en conclusion,

(De mal modo.)

que riñamos no conviene...

ENRIQ. Es igual, usted me tiene (Con indiferencia.)

siempre á su disposicion.

COND. (Sonriendo al ver los esfuerzos que hace D. Eduardo.)

¡Sufre como un condenado!

EDUAR. (Se dirige á Dolores, y procura contenerse tambien.)

Ella vuelve la cabeza, y le escucha con indiferencia
marcada.)

Y usted, prima... considere...

que no siempre que se quiere...

aunque uno tenga cuidado...

Mi falta confieso, y ya

me verá de otra manera...

Esta confesion sincera
su perdon alcanzará.

(Pausa. Viendo que no le contesta Dolores se pone furioso.)

¿Y qué?...

COND. (Deteniéndole y ap.)

(¡No se desentone!)

EDUAR. Nada debe usted temer...

Vamos, ¿qué puedo yo hacer
para que usted me perdone?...

DOL. (Levantándose.) Nada debo perdonar,
ni usted me ha hecho daño alguno.

EDUAR. Fui... descortés... importuno...

COSME. (Á Enrique.) Ese hombre se va á enmendar.

EDUAR. Olvide usted...

COND. (Á Dolores.) Yo te pido
que al oír su confesion,
le concedas tu perdon...

DOL. Muy bien: perdono y olvido...

EDUAR. (Coge la mano que le tiende Dolores y la besa. Enrique vuelve la cabeza al oír el beso.)

¡Oh, gracias! (Con entusiasmo.)

COND. (Á Eduardo.) ¡Cuánto mejor
es ser dulce y apacible...

EDUAR. ¿Usted me aprecia? ¿Es posible?

¡Usted admite mi amor! (Con alegría.)

DOL. Con verdadera alegría,

lo digo como lo siento,
le entrego en este momento
una herencia que no es mia.

(Le da un paquete sellado y lacrado no muy grande.)

EDUAR. Pero... al ver mis amarguras
no premia usted este afan...

DOL. Dentro de ese pliego están
los títulos y escrituras
que lo atestiguan mejor,
y hasta el menor documento
está unido al testamento
de su padre á mi favor.

EDUAR. Pero... (Ciego de ira.)

DOL. Con harta imprudencia

(Con gravedad.)

- he gastado algun dinero;
es usted rico, y espero
que me otorgue su indulgencia.
- COND. ¡Y lo dices tan serena!...
- DOL. Lo digo... como lo siento.
Yo por ese nuevo aumento (Saludándole.)
doy á usted la enhorabuena.
- EDUAR. (Con fuego.) ¡Oh! yo lo que necesito
es su amor, no su dinero...
- DOL. Pues no es de usted, caballero,
aunque lo siento infinito.
- EDUAR. Lo que anhela mi existencia
es su noble corazon...
- DOL. (Sonriendo) Ni es título, ni es cupon,
ni está incluido en la herencia.
- COND. Advierte que nada tienes...
- DOL. ¿Qué me importa?
- EDUAR. (Fuera de sí.) Ese desvío.
- DOL. Tengo mi libre albedrío,
mi voluntad ¿qué más bienes?...
- COSME. Considere usted... (Acercándose a Dolores.)
- DOL. (Con entereza.) Ya he dicho...
- ENRIQ. (Levantándose.) ¡Es empeño singular
querer todos contrariar
su deseo ó su capricho.
Si quiere libre vivir,
y si arrostra la indigencia,
y si le entrega esa herencia,
¿qué más puede usted pedir? (Á Eduardo.)
- EDUAR. (Furioso.) Que ya que yo no he logrado
la dicha de hacerla mia,
sufra la amargura impia
de un porvenir desgraciado.
¡Y usted... que será su amante,
segun su brio, su fuego,
veremos si quiere luego
consolar ese semblante!...
- ¡Oh! ya que á mí no me quiera,
ya que desprecie mi anhelo,
he de tener el consuelo
de verla morir soltera.
- ENRIQ. ¿Sí, eh? (Con calma.)

- EDUAR. (Furioso.) ¡Si!
- ENRIQ. ¿Y usted pretende
que nadie se creará honrado
con sacarla de un estado
en que usted tan ruin la tiende?
- EDUAR. ¡Nadie quiere la pobreza!
- COND. (Á Eduardo.) Cuidado con...
- DOL. (Gravemente.) Basta ya.
- ENRIQ. ¡Dichoso el hombre será
que alcance tanta belleza!
- EDUAR. Quisiera verle...
- ENRIQ. (Dirigiéndose de repente á la Condesa.)
¡Señora!
mil veces he repetido
que á usted amaba. He mentido.
- COND. ¿Cómo? (Sin entenderle.)
- DOL. ¿Qué?
- ENRIQ. (Con temor.) Llegó la hora...
Hoy mi nueva dicha labra
recobrar mi libertad.
Tenga usted, pues, la bondad
de volverme mi palabra.
- COND. Con mil amores. (Sonriendo.)
- DOL. (Interrumpiéndolos) Yo debo...
- ENRIQ. (Á Dolores.) Soy rico... jóven... y sano...
aquí tiene usted mi mano.
- DOL. Pero usted...
- ENRIQ. Yo me la llevo.
(La agarra del brazo y se la lleva al otro lado.)
- EDUAR. (Sorprendido.)
¡Cómo! ¿Usted no era su amante?
- ENRIQ. Pero seré su marido.
- COSME. Con todo... (Acercándose á Enrique.)
- ENRIQ. Está decidido;
yo tengo caudal bastante.
- EDUAR. Pero yo...
- ENRIQ. Y me casaré...
- EDUAR. (Fuera de sí.) ¡Esto ya de raya pasa!
- ENRIQ. Y vamos á buscar casa
frente á su casa de usted.
¡Verá usted el traje de novia!
Y la amaré con locura...

¡y usted, al ver su ventura,
se morirá de hidrofobia!
¡Adios, costumbres sencillas!
¡ni más silla ni más sueño!
Y ya que usted con su empeño
me saca de mis casillas,
la llevaré á los paseos,
y al teatro y al Retiro,
y á su más corto suspiro
satisfaré sus deseos.

¡Va usted á correr un bromazo!
Puesto que tanto lo siente,
nos verá usted eternamente...
así... juntitos del brazo.

¿De su muerte soy testigo?
me cuelgo de un garabato...

Si yo me muero, la mato
y me la llevo conmigo,
y así podrá usted leer
sobre nuestra tumba fria:
«Murieron el mismo dia
»don Enrique y su mujer.»

EDUAR. ¡Basta ya! (Ciego de cólera.)

COSME. ¡Ha perdido el juicio!

COND. ¡Es heroico! y yo concedo
mi permiso...

DOL. (Interrumpiéndola.) Y yo no puedo
aceptar su sacrificio.

ENRIQ. ¡No lo es!...

DOL. (Á la Condesa.) Á tí te quiere...

COND. Á mí no, ni yo á él tampoco.

COSME. Pero, sobrino, ¿estás loco?

EDUAR. Usted conseguir no espere...

ENRIQ. (Á Dolores.) Diga usted pronto que sí.

DOL. Pobre soy...

ENRIQ. Y yo dichoso
con ser de tal pobre esposo...

COND. (Insistiendo.) Acepta...

DOL. (Vacilando.) Pero...

COND. ¡Por mí!

DOL. ¿Y si le pesa?

ENRIQ. ¡Jamás!

- DOL. Entónces... (Le tiende la mano.)
ENRIQ. ¡De gozo muero!
DOL. Mi maño...
EDUAR. (Alterado.) ¡Oh Dios!
ENRIQ. (Á Eduardo.) Caballero...
ya está usted aquí de más.
EDUAR. ¿Cómo?
COSME. ¡Vaya un casamiento!
COND. Ni usted, ni usted, se propasa
(Á Eduardo y á Enrique.)
mientras estén en mi casa.
Don Eduardo, yo lo siento,
pero el lance no le ofenda.
Ya ve usted de qué ha servido
su leal y decidido
propósito de la enmienda.
EDUAR. ¡Mi conciencia me remuerde
(Avergonzado,)
cuando no hay remedio ya!
COND. ¡El que malas mañas há
ó tarde ó nunca las pierde!
EDUAR. Yo haré por tener prudencia,
que esta leccion me ha enseñado;
todo quede ya olvidado... (Á Dolores.)
aquí tiene usted su herencia.
DOL. Gracias, pero no lo admito.
EDUAR. ¡Qué!
COSME. ¡Oh! } (Á un tiempo.)
COND. ¡Ah! }
EDUAR. ¡La ha despreciado!
DOL. Pobre el señor me ha encontrado
y ser pobre necesito.
No es ser con usted cruel,
es que quiero recordar,
que cuanto llegue á gozar
solo se lo debo á él!
(Enrique manifiesta su alegría. La Condesa los habla.)
EDUAR. ¿Ve usted qué terrible estrella? (Á D. Cosme.)
COSME. (¡Todo lo que á usted le pasa (En voz baja.)
es la dicha! ¡Si se casa
ya le vengará á usted ella!)
COND. Yo aplaudo esta conclusion

- y seré vuestra madrina.
¡Infel! (Á Enrique riendo.)
- ENRIQ. ¡Mi génio se inclina
á su tranquila ambicion!
- COND. ¿Pero usted la amaba? (Á Enrique.)
- ENRIQ. Sí;
á pesar de no saberlo... (Sonriendo.)
- COND. ¿Y tú?... (Á Dolores.)
- DOL. ¡Yo... sin conocerlo
tambien!...
- COND. ¡Siempre pasa así!
(Mira á Eduardo, que se ha quedado consternado y
se le acerca.)
(¡Pobre hombre!) Vamos, qué es eso?...
- EDUAR. ¡Nada; que de rabia estallo!
- COND. ¿Y usted, qué dice? (Á D. Cosme.)
- COSME. (Mohino.) Yo callo...
- COND. Y yo sonrío...
- ENRIQ. (Besa la mano á Dolores.) Y yo beso...
(Al oír el beso Eduardo toma el sombrero.)
- EDUAR. ¡Agur! (Dirigiéndose al foro.)
- COND. ¡Oh! no, todavía... (Deteniéndole.)
- EDUAR. ¿Por qué?...
- COND. Porque falta... (Señala al público.)
- EDUAR. (De mal humor.) ¿Qué?
- COND. Que tenga piedad de usted...
- EDUAR. ¿Quién?... ¡Ah! Sí, esa es cuenta mia.
(Se pone el sombrero y se adelanta al público con
muy mal modo.)
Á ver cómo se disponen...
(Todos le detienen.)
- COND. (Aterrada.) ¡Por Dios!... ¿Y con malos modos
quiere usted lograr de todos
que sus deslices perdonen?...
¿Va usted á pedir un favor,
y así exige sus mercedes?...
(Al público.) Señores... no hagan ustedes
ningun caso del señor.
Y porque aprenda á vivir
y empiece ya á conocer
que consiste el conceder
en el modo de pedir...

humilde, amable y cortés, (Al público.)
así lo dice el autor, (Con amabilidad.)
pido á ustedes por favor...
un aplauso... ó dos... ó tres... (Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

*Aprobada por la censura en 15 de setiembre
de 1857.*

La segunda cenicienta.
 La peor cuna.
 La choza del almadrano.
 Los patriotas.
 Los lazos del vicio.
 Los molinos de viento.
 La agenda de Correlargo.
 La cruz de oro.
 La caja del regimiento.
 Las sisas de mi mujer.
 Los viejos hijos.
 Las dos madres.
 La hija del Rey René.
 Los extremos.
 La frutera de Murillo.
 La cantinera.
 La venganza de Catana.
 La marquesita.
 La novela de la vida.
 La torre de Garan.
 La nave sin piloto.
 Los amigos.
 La juda en el campamento, ó
 las glorias de Africa.
 Los criados.
 Los caballeros de la niebla.
 La escala de matrimonio.
 La torre de Babel.
 La caza del gallo.
 La desobediencia.
 La buena alhaja.
 La niña mimada.
 Los maridos (refundida.)
 Mi mamá.
 Mal de ojo.
 Mioso y mi sobrina.
 Martín Zurbano.
 María y María.
 Madrid en 1818.
 Madrid á vista de pájaro.
 Niel sobre hojuelas.
 Mártires de Polonia.
 Matita! ó la Emparedada.

Misericordias de aldea.
 Mi mujer y el primo.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Nativa.
 Olimpia.
 Propósito de enmienda.
 Pescar á rio revuelto.
 Por ella y por él.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la conquis-
 ta de Ronda.
 Por una pensión.
 Para dos perdices, dos.
 Prestamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¿Que convidó al Coronel?...
 Quien mucho abarca.
 ¿Que suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Ezebea.
 Ribal y amigo.
 Rosita.
 Su imagen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Madrid*).
 Sueños de amor y ambicion.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si la mala tuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, infonfeso y mártir.

Trabaja por cuenta ajena.
 Tod' uno.
 Torbellino.
 Un amor á la moda.
 Una conjuración femenina.
 Un dómimo como hay pocos.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huesped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en eusrte.
 Una lección reservada.
 Un marido s' usuto.
 Una equivocacion.
 Un retrato á quemaropa.
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una lección de córte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero.
 Un si y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una lección de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!
 Un marido cogido por los esca-
 los.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un vicio pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angelica y Medoro.
 Armas de buena ley.
 A cual mas feo.
 Ardides y cuchilladas.
 Claveyina la Gitana.
 Cupido y marte.
 Ceño y Flora.
 D. Sisenando.
 Dona Mariquita.
 Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
 vedor.
 Don Pascual.
 El Bachiller.
 El doctrino.
 El ensayo de una ópera.
 El calesero y la maja.
 El perro del hortelano.
 En cuenta y en Marruecos.
 El león en la ratonera.
 Enredos de carnaval.
 El delirio (drama lirico.)
 El Postillon de la Rioja (*Música*).
 El vizconde de Letorieres.
 El mundo á escape.
 El capitán español.
 El corneta.
 El hombre feliz.
 El caballo blanco.
 El colegial.
 El último mono.
 El primer vuelo de un pollo.
 Entre Pinto y Valdemoro.
 El magnetismo... ¡animal!
 El califa de la calle Mayor.
 En las astas del toro.

El mundo nuevo.
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mtndo.
 El Paraiso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diablo.
 Juan Lanas. (*Música*).
 Jacinto.
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (*Música*).
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La escada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estatua encantada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la córte.
 La venta encantada.
 La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música*).
 La toma de Teluan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Los herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitaniilla.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (*Música*).
 Mati de y Malek-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Peluquero y marqués.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apueta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	S. Ruiz.	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabeza.
<i>Alcalá de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Fújel,
<i>Alcoy.</i>	J. Martí.	<i>Mahón.</i>	P. Vinent.
<i>Alcázar.</i>	R. Muró.	<i>Malaga.</i>	J. G. Taboada y P. de
<i>Alicante.</i>	J. Gossart.		Moya.
<i>Almazora.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Manila (Filipinas).</i>	A. Ojeda.
<i>Almería.</i>	M. Alvarez.	<i>Mataró.</i>	N. Clavell.
<i>Andaluz.</i>	D. Caracuel.	<i>Monóviedo.</i>	Viuda de Belgado.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Montilla.</i>	D. Santolalla.
<i>Aranjuez.</i>	D. Santisteban.	<i>Murcia.</i>	F. Guerra y Herederos
<i>Avila.</i>	S. Lopez.		de Andrion.
<i>Avilés.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Ocaña.</i>	V. Calvillo.
<i>Badajoz.</i>	P. Coronado.	<i>Orense.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Baeza.</i>	J. R. Segura.	<i>Orihuela.</i>	J. Martinez Alvarez.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.	<i>Osun.</i>	V. Montero.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra, Viuda de	<i>Palencia.</i>	J. Martinez.
	Bariumcas y I Cerdá.	<i>Palma de Mallorca.</i>	Jos de Gutierrez.
<i>Bejar.</i>	J. Teixidor.	<i>Pamplona.</i>	F. J. Gelabert.
<i>Bilbao.</i>	M. Dolmas.	<i>Pontevedra.</i>	J. Rios Barona.
<i>Burgos.</i>	F. Aranziz y A. Hervias.	<i>Priego (Cordoba.)</i>	J. Puella Sola y Comp.
<i>Cabra.</i>	B. Montoya.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	J. de la Gámara.
<i>Cáceres.</i>	H. E. Perez.	<i>Puerto-Rico</i>	J. Valderrama.
<i>Cádiz.</i>	V. Morillas y Compañia.	<i>Reguena.</i>	J. Mestre, de <i>Mayagüez</i>
<i>Catayud.</i>	F. Molina.	<i>Reus.</i>	G. Garcia.
<i>Canarias.</i>	F. Maria Poggi, de Santa	<i>Rioseco.</i>	J. Prius.
<i> a</i>	<i>Cruz de Tenerife.</i>	<i>Ronda.</i>	M. Prádanos.
<i>Carmona.</i>	J. M. Egulluz.	<i>Salamanca.</i>	Viuda de Gutierrez,
<i>Carolin.</i>	E. Torres.	<i>San Fernando.</i>	R. Huebra.
<i>Cartagena.</i>	J. Pedreño.	<i>S. Ildefonso (La Granja)</i>	J. Gay.
<i>Castellon.</i>	J. M. de Soto.	<i>Sankar.</i>	J. Aldete.
<i>Castrovidales.</i>	E. Ocharán.	<i>San Sebastian.</i>	I. de Oña.
<i>Ceuta.</i>	M. Garcia de la Torre.	<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	A. Garralda
<i>Ciudad-Real.</i>	P. Acosta.	<i>Santander.</i>	S. Herrero.
<i>Córdoba.</i>	M. Muñoz, F. Lozano y	<i>Santiago.</i>	C. Medina y F. Hernandez.
	M. Garcia Lovera.	<i>Segovia.</i>	B. Escribano.
<i>Coruña.</i>	J. Lago.	<i>Sevilla.</i>	L. M. Salcedo.
<i>Cuenca.</i>	M. Marianna.	<i>Soria.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Ecija.</i>	J. Giulí.	<i>Talavera de la Retna.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Ferrol.</i>	N. Taxonera.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Figuera.</i>	M. Alegret.	<i>Tarragona.</i>	P. Veraton.
<i>Gerona.</i>	F. Dorca.	<i>Teruel.</i>	V. Font.
<i>Gijón.</i>	Graspo y Cruz.	<i>Toledo.</i>	P. Baquedano.
<i>Granada.</i>	J. M. Fue nsalida y Viuda	<i>Toro.</i>	J. Hernandez.
	de Hijos de Zamora.	<i>Trujillo.</i>	L. Poblacion.
<i>Guadalajara.</i>	R. Obana.	<i>Tudela.</i>	A. Herranz.
<i>Habana.</i>	M. Lopez y Compañia.	<i>Tuy.</i>	M. Izalzu.
<i>Haro.</i>	P. Quintanada.	<i>Ubeda.</i>	M. Martinez de la Cruz
<i>Huelva.</i>	J. P. Osorio.	<i>Valencia.</i>	T. Perez.
<i>Huesca.</i>	n. Guillen.		I. Garcia, F. Navarro y J.
<i>Irun.</i>	R. Martinez.	<i>Valladolid.</i>	Mariana y Sanz.
<i>Látiya.</i>	J. Perez Fluixá.	<i>Vich.</i>	D. Jover y H. de Rodrigz.
<i>Lérida.</i>	J. Alvarez dex Sevilla.	<i>Vigo.</i>	Soler, Hermanos.
<i>Linares.</i>	J. Uruquia.	<i>Villanueva y Geltrú.</i>	M. Fernandez Dios.
<i>Logroño.</i>	Minon Hermano.	<i>Zafra.</i>	L. Greus.
<i>Lorca.</i>	J. Sol e hijo.	<i>Zamora.</i>	J. Oguendo.
	J. M. Caro.	<i>Zaragoza.</i>	A. Oguet.
	P. Brieiba.		V. Furlés.
	A. Gomez.		L. Ducassi, J. Comin y
			Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Principe.